

Juan Crisóstomo

DISCURSO A TEODORO

DISCURSO 1

I

¿Quién dará agua a mi cabeza, y a mis ojos una fuente de lágrimas? (Jer., IX, 1). Bien puedo hablar ahora de este modo y con más oportunidad que el Profeta. Porque aunque no haya que lamentar la

ruina de muchas ciudades ni naciones enteras, lamento a un alma, comparable en dignidad a todas estas ciudades, y aun mucho más preciosa que ella. Si uno que hace la voluntad de Dios es mejor que innumerables malvados, sin duda que tú eras antes mejor que aquellos millares de judíos. Nadie, pues, me reproche de que escribo lamentaciones mucho mayores de las que se hallan en el Profeta, y arranco del alma suspiros más amargos que él. No me lamento de la ruina de una ciudad, ni del cautiverio de unos hombres perversos, sino de la desolación de un alma consagrada, y de la destrucción y desaparición de un templo de Cristo. Si, en efecto, hubiera visto alguno, cuando brillaba en su esplendor, el ornato de tu alma, que el demonio incendió y redujo a cenizas, ¿no hubiera lanzado los lamentos del Profeta, al presenciar y oír que las manos de los bárbaros habían profanado, incendiado y arrasado por completo el santuario con los querubines, el arca, el propiciatorio, las placas de piedra, la urna de oro? Más acerba, sí, más acerba es esta desgracia que aquella, y tanto más, cuanto son mucho más preciosos que aquellos los símbolos que tenías dentro de tu alma. Este templo era más santo que aquel: pues no resplandecía con plata y oro, sino con la gracia del Espíritu Santo; y en vez de la urna de oro y los querubines, tenía entronizados dentro de sí a Cristo y a su Padre y al Espíritu Paráclito. Pero ahora no es así: antes se encuentra yermo y desnudo de aquella hermosura y belleza, despojado de aquel adorno inefable y divino, destituido de toda seguridad y defensa, y ya no tiene puerta ni cerrojo, sino que está abierto a todo pensamiento corruptor y vergonzoso; y si quiere entrar en él el pensamiento de la soberbia; el de la lujuria, el de la avaricia y otros más abominables, no habrá quien se lo impida; mientras que antes la pureza de tu mente era inaccesible a estos pensamientos, no menos que lo es el cielo.

II

Quizás parecerá increíble lo que digo a los que ven ahora tu desolación y estrago; y por este motivo, me angustio y lamento, y no cesaré de hacerlo así hasta tanto que de nuevo te vea recuperado tu antiguo resplandor. Y aun cuando esto parece imposible a los hombres, para Dios todo es posible. El es *el que resucita de la tierra al desvalido y levanta al pobre del estiércol, para asentarle con los*

príncipes, con los príncipes de su pueblo. El es el que hace habitar en casa a la estéril, convertida en madre regocijada con sus hijos (Ps. CXII, 7, 9). No desconfías, pues, de una mudanza magnífica. Si el demonio pudo tanto, que de la cumbre y altura de la virtud te derribó hasta lo último de la maldad, mucho más podrá Dios atraerte de nuevo a aquella tu antigua libertad y confianza con El, y, no sólo esto, sino aun hacerte mucho más feliz que de primero. Únicamente no desconfíes ni pierdas las buenas esperanzas, ni sientas como los impíos. Y es así, que no es la muchedumbre de los pecados lo que suele causar desesperación, sino el tener ánimo impío. Por lo cual Salomón no dijo simplemente: “Todo aquel que viene a lo profundo de los vicios desprecia su salvación”, sino que sólo dijo: *El impío* (Prov., XVIII, 3). Porque esta enfermedad es solamente de los impíos, cuando han caído en lo profundo de la maldad. Y esto es lo que no les deja mirar arriba, ni volver atrás al lugar de donde cayeron. Puesto que aquel pensamiento maldito, a la manera de una argolla que sujeta el cuello, sojuzga el alma, y la obliga a mirar abajo, y le impide alzar los ojos a su Señor. Pero propio es de un hombre generoso y admirable quebrantar este yugo, y arrojar de sí al verdugo que se lo impuso, y exclamar con las palabras del Profeta: *Como los ojos de la sierva se dirigen a las manos de su señora, así nuestros ojos se dirigen al Señor y Dios nuestro, hasta que se compadezca de nosotros. Compadeceos de nosotros Señor; compadeceos de nosotros, porque sobremanera nos hemos llenado de miseria* (Ps. CXXII, 2, 3). Divinos son, en verdad, estos documentos y dictámenes de la más alta filosofía. Nos hemos llenado, dice, de miseria, y hemos sufrido innumerables males; pero, sin embargo, no cesaremos de mirar a Dios, ni desistiremos de pedirle, hasta haber logrado la petición. Porque propio es de un alma generosa no decaer ni desconfiar por la muchedumbre de los males que la opriman, ni desistir después de haber muchas veces rogado y no obtenido nada, sino, como dice el santo David, perseverar hasta que se compadezca de nosotros.

III

No por otro motivo procura el demonio ingerirnos pensamientos de desesperación, sino para cortar nuestra esperanza en Dios, la cual es el áncora segura, el fundamento de nuestra vida, la guía del camino

que lleva al cielo, la salvación de las almas perdidas. *Pues por la esperanza*, dice San Pablo, *fuimos hechos salvos* (Rom., VIII, 24). Porque ella, ella es la que, como una fuerte cadena pendiente de los cielos, sustenta nuestras almas, atrayendo poco a poco a aquella altura a los que fuertemente la tienen asida, y librándonos de la tormenta de los males presentes. Si alguno, pues, pierde el ánimo y suelta esta áncora sagrada, al momento se desploma y se ahoga, dando consigo en el abismo de la maldad. Y como lo sabe muy bien el malvado enemigo, cuando nos ve obligados por la conciencia de nuestras malas obras, sobreviene él y nos echa encima el pensamiento de la desesperación, más pesado que el plomo; y si le damos cabida, no hay más remedio sino que, arrastrados por su peso y arrancados de aquella cadena, caigamos en lo profundo de los males, donde tú te encuentras ahora, dejados los mandamientos del Señor, manso y humilde, y cumpliendo todos los preceptos del tirano cruel y enemigo implacable de nuestra salvación, roto el yugo suave y arrojada la carga ligera, rodeado, en cambio, de argollas de hierro y suspendida al cuello una rueda de molino. ¿Dónde podrás ya detenerte, mientras vas hundiendo tu miserable alma, puesto por ti mismo en tal necesidad de ir bajando continuamente?

IV

La mujer que había hallado una dracma, llamaba a sus vecinos, para que participaran de su gozo, diciendo: *Congratulaos conmigo* (Luc., XV, 9). Pero yo llamaré ahora con intención contraria a mis amigos y los tuyos, no diciendo: *Congratulaos conmigo*, sino “Llorad conmigo y haced las mismas lamentaciones, y clamad con acento lúgubre. Pues hemos tenido la pérdida más extrema, no porque se nos haya ido de las manos gran cantidad de talentos de oro, ni gran número de piedras preciosas, sino porque quien valía más que todo esto, navegando junto con nosotros por este grande y anchuroso mar, cediendo no se como a una sacudida, ha caído al fondo mismo de su perdición”.

Y si trataran algunos de disuadirme de llorar, les dirigiré las palabras del Profeta: *Dejadme, lloraré con amargura; no hagáis fuerza por consolarme* (Isai., XXII, 4). No es tal ahora mi quebranto que pueda culpárseme lo inmoderado de los lamentos, sino tal que el

mismo San Pablo y el mismo San Pedro no se hubieran avergonzado de gemir y lamentarse, rehusando todo consuelo. A los que lloran la común muerte de los cuerpos, con razón pudiera alguien tachar de pusilánimes; pero cuando, no ya el cuerpo, sino el alma yace muerta, llena de innumerables heridas, y descubriendo en su misma muerte su antigua buena salud y su bienestar y su hermosura extinguida, ¿quién hay tan cruel y nada compasivo que diga palabras de consuelo, en vez de lamentos y gemidos? Porque así como en el primer caso es virtud cristiana el no llorar, así lo es en el segundo el llorar. El que había llegado hasta el cielo, el que se reía de la vanidad de la vida, el que veía la hermosura en los cuerpos con la misma indiferencia que si la viera en las piedras, el que despreciaba el oro como barro y todo placer como cieno, este mismo, de repente, arrebatado por la fiebre de una concupiscencia necia, echó a perder su salud, su fortaleza y toda su hermosura y se hizo esclavo de los placeres. Y ¿por tal hombre, díme, no hemos de llorar y afligirnos hasta que de nuevo le recobremos? ¿Sería eso propio de un alma humana? Porque la muerte corporal, ciertamente, no se puede destruir en esta vida, y sin embargo, ni aun esto basta para reprimir los lamentos de los que la lloran; pero la muerte del alma sólo en esta vida se puede deshacer; porque *en el infierno*, dice (la Escritura), *¿quién te confesará?* (Ps. VI, 6). ¿Cómo, pues, no ha de ser suma locura que los que lloran la muerte corporal lo hagan tan de veras, aun sabiendo que con sus lamentos no han de volver la vida al muerto, y que nosotros no hagamos demostración alguna, aún reconociendo que muchas veces hay esperanza de restituir al alma perdida la vida primera?

V

Muchos, en efecto, ya ahora, ya en el tiempo de nuestros antepasados, derribados del recto puesto y despeñados del camino estrecho, de tal manera se volvieron a levantar, que cubrieron las obras antiguas con las nuevas, y alcanzaron la palma, y se ciñeron la corona, y fueron proclamados con los vencedores y contados en el coro de los santos. Y es así que mientras uno permanece en el horno de los deleites, por más que tenga delante ejemplos como éstos a millares, le parece el negocio imposible; pero con sólo que comience un poquito a salir de allí, avanzando siempre, deja atrás lo más violento del fuego,

y ve, en cambio, lo que tiene delante y a sus pies lleno de suavidad y rocío. Lo que importa es que no desesperemos, ni desconfiemos de nuestra vuelta; porque quien se halla en esta disposición, por increíble esfuerzo y ánimo que tenga, en vano lo tiene. Porque una vez que se cierra a sí mismo la puerta de la penitencia y se impide la entrada en el estadio, ¿cómo podrá, permaneciendo fuera, obrar nada de bueno de mucha ni poca importancia? Razón por la cual todo lo remueve el malvado enemigo, para plantar en nosotros semejantes pensamiento; porque ya no le harían falta sudores ni trabajos para impugnarnos. ¿Par qué, si, derribados en tierra, no hemos de querer alzarnos contra él? Porque el que logre deshacerse de esta atadura recobrará su antigua fuerza y no cesará de combatir contra él hasta el último aliento, y aunque vuelve a dar otras innumerables caídas, se levantará de nuevo y destrozará al enemigo; pero el que está sujeto con los pensamientos de desesperación, relajadas sus fuerzas, ¿cómo podrá vencer ni resistir, si, por el contrario, huye?

VI

Y no me hables de lo que pecaron poco; antes sea uno que esté lleno de toda maldad y que obre todo aquello que le excluya del reino del cielo, y ese no de los que desde el principio fueron infieles, sino de los fieles, y de los que, habiendo antes agradado a Dios, llegara a ser más tarde fornicario, adúltero, muelle, ladrón, ebrio, sodomita, calumniador y otras cosas parecidas; pues bien, ni un hombre así llevaré a bien que desconfíe, aunque llegue hasta la última vejez con tan indecible maldad. Que si la ira de Dios fuera una pasión, con razón desesperaría uno como incapaz de extinguir la llama que había encendido con tantos pecados; pero siendo la divinidad impassible, aunque castigue, aunque se vengue, no lo hace pasión de ira, sino con mucha solicitud y amor a los hombres, por lo cual conviene tener muchos alientos y confiar en la fuerza de la penitencia.

Puesto que a todos aquellos que pecan contra el no suele castigarlos por causa de sí mismo —porque aquella divina naturaleza ningún mal puede allegársele—, sino mirando a nuestra utilidad y a que no se empeore nuestra perversidad, pensando en despreciarle a El y tenerle en poco. Pues así como el que se aparta de la luz, a ella ningún daño le hace, pero si muchísimo encerrándose entre tinieblas, así el que

acostumbra despreciar a aquella fuerza omnipotente, a ella no la puede dañar, pero a sí mismo se acarrea el último daño. Y por esto Dios nos amenaza con castigos y nos lo envía muchas veces, no como para vengarse a sí mismo, sino para arrastrarnos hacia sí. Que también un médico no se entristece ni da por resentido de las afrentas de los delirantes, y sin embargo, no deja piedra por mover para hacerlos desistir de tales desvergüenzas, no mirando a sí mismo, sino por la utilidad de ellos; y si dan alguna pequeña muestra de estar en su seso y juicio, se alegra y regocija, y aplica las medicinas con mucho mayor empeño, no para vengarse de ellos por lo pasado, sino por deseo de aumentar el provecho y reducirlos a completa salud. Así también Dios, cuando incurrimos en la locura más rematada; no para vengarse de nosotros por lo pasado, sino deseoso de librarnos de la enfermedad, emplea todos los medios de palabra y de obra. Y esta es cosa que fácilmente se ve aun con sólo la recta razón.

VII

Pero si alguien hubiera que tenga en ello duda, se lo confirmaremos tambien con los divinos oráculos. ¿Quién, si no, díme, más perverso que el rey de los babilonios, el cual, habiendo tenido tanta experiencia del divino poder, que adoró a su Profeta y mandó ofrecerle dones e incienso, cayó de nuevo en su primera arrogancia, arrojó atados al horno a cuantos no le honraron a él mismo con preferencia a Dios? Y, sin embargo, a este rey tan cruel, tan impío y más fiera que hombres, le invita a penitencia y le da también otras ocasiones de convertirse, en primer lugar, el mismo prodigio acontecido en el horno, y después la visión que vio el rey e interpretó Daniel, capaz de doblegar aunque fuera un alma de piedra; y, en fin, después de la exhortación por medio de obras, el mismo Daniel le aconsejó de palabra, diciendo: *Por esta razón, oh rey, séate agradable mi consejo, y redime tus pecados con limosnas, y tus iniquidades con la compasión de los pobres: quizá habrá longanimidad (e indulgencia) para tus delitos* (Dan., IV, 24). ¿Qué dices, oh sabio y bienaventurado (Profeta)? ¿Puede haber vuelta al buen camino después de tan grande caída, y salud después de tan grande enfermedad, y después de tan grande locura esperanza de juicio? Ya de antemano se había despojado el rey de toda esperanza, primero, desconociendo al que le crió y le

elevó a aquella dignidad, por más que podía recorrer muchos argumentos de su poder y providencia, ya en sí, ya en sus antepasados; en segundo lugar, después de haber tenido de nuevo señales clarísimas de su sabiduría y presciencia, y visto por tierra el arte mágica, la astrología y todo el aparato y máquina del demonio, cometió todavía pecados más graves que los primeros. Y en efecto, lo que no pudieron interpretar los sabios magos gazarenos y confesaron estar por encima de la humana naturaleza, se lo declaró y soltó un jovencillo cautivo, y de tal manera le movió con la maravilla, que no solamente creyó él, sino que se hizo delante de todo el mundo pregonero y maestro de su creencia; de suerte que si antes de haber visto este prodigio era indigno del perdón desconociendo a Dios, mucho más lo era después de aquel milagro y de aquella confesión y doctrina que enseñó a otros. Porque si no hubiera creído rectamente en el único Dios verdadero, no hubiera hecho tanta honra al siervo del mismo Dios, ni dado a los demás el mismo precepto. Y sin embargo, después de tal confesión incurrió de nuevo en idolatría, y el que cayendo sobre su rostro adoró al siervo de Dios, vino a tal desenfreno y locura, que arrojó al horno a los siervos de Dios que no le adoraran a él. ¿Y qué sucedió? ¿Acaso Dios se vengó del apóstata cual debía vengarse? Lejos de eso, le dio todavía mayores muestras de su poder, reduciéndole de nuevo a su primer estado después de tanta insensatez; y lo más admirable es que, a fin de que el rey no dejara de dar créditos a los hechos por el mismo exceso de las maravillas, no las obró sino en el mismo horno que él había encendido contra los jóvenes a quienes ató y arrojó en él. Y hubiera sido en verdad maravilloso y prodigioso aun sólo el extinguir la llama; pero el benigno Señor, a fin de infundirle mayor espanto y producir mayor asombro y deshacer toda su ceguedad, hizo una cosa todavía mayor y más maravillosa. Porque dejando que el horno se inflamara tanto cuanto quiso el rey, entonces hace muestra de su poder, no ya deshaciendo las máquinas de los enemigos, sino frustándolas cuando estaban armadas. Y porque nadie creyera, al ver a los jóvenes sobrevivir a las llamas, que éstas eran puro fantasma, permitió que se quemaran en ellas los que habían arrojado a los jóvenes, demostrando que era verdadero fuego el que se veía; pues, de no serlo, no hubiera consumido nafta, estopa, sarmientos y tantos cuerpos. Y nada más poderoso que su mandato, sino que la naturaleza de todos los seres obedece al que del no ser la sacó al ser; lo cual entonces se vio claramente; pues apoderándose la llama de unos cuer-

pos corruptibles, se abstuvo de ellos cual si fueran incorruptibles, y devolvió el depósito incólume y con mucho resplandor. No de otra suerte que salen los reyes de sus palacios reales, salieron aquellos jóvenes del horno, sin que nadie ya quisiera mirar al rey, sino que todos apartaban de él los ojos para volverlos a aquel maravilloso espectáculo; de suerte que ni la diadema, ni la púrpura, ni otra cosa alguna del regio aparato llamó tanto la atención de las turbas de los infieles como la vista de aquellos fieles que estuvieron largo tiempo dentro del fuego, pero salieron de él de la misma manera que si lo hubieran padecido en sueños. Lo que de nosotros más fácilmente se consume, que es el cabello, venció entonces con más fortaleza que el diamante la llama devoradora. Y no estaba solamente la maravilla en que, arrojados al medio del fuego, nada padecieron, sino también en que todo el tiempo estuvieron hablando; pues bien saben todos cuantos han visto a los que se queman, que, mientras éstos tienen los labios comprimidos, aunque por breve tiempo, resisten al incendio; pero si abren la boca, al momento exhalan el alma. Y a pesar de todo, con haber sucedido tantos prodigios y haberse todos llenado de asombro, tanto los presentes y espectadores, como los ausentes que por cartas se enteraron del suceso, aquel rey que había enseñado a los demás, permaneció obstinado, y volvió de nuevo a su primera mitad. Y ni aún así le castigó Dios todavía, sino que le toleró con longanimidad, aconsejándole por sueños y por el Profeta. Pero una vez que con nada de esto se enmendó, entonces ya descargó sobre él el castigo, no para vengarse de lo pasado, sino para reprimir su malicia en adelante, y ni aun esto hasta el fin, sino que, castigándole por espacio de pocos años, le restituyó al primer honor, sin que de la pena hubiera recibido pérdida alguna, antes bien la mayor de todas las ganancias, como era el adherirse firmemente a la fe en Dios y arrepentirse de las pasadas culpas.

VIII

Tal como ésta es la benignidad de Dios con los hombres: nunca rechaza la penitencia sincera; antes aun cuando uno haya llegado al límite mismo de la maldad, si quiere convertirse de nuevo al camino de la virtud, le recibe y le abraza, y no hay cosa que no haga para restituirle al primer estado. Y, lo que es todavía mucho mayor benignidad,

nidad, aun cuando uno no de muestras de entera penitencia, aun esta penitencia breve y para poco tiempo, no la deja a un lado, sino que la premia con grande galardón: lo cual es manifiesto por lo que Isaías dice del pueblo judío con estas palabras: *Por el pecado le contristé un poco de tiempo, y le herí, y aparte de él mi rostro; y se contristó y anduvo afligido, y le sané, y le consolé* (Isai., LVII, 17, 18). Bien nos lo puede tambien atestiguar aquel rey impísimo, a quien su mujer vinculó al pecado; pero apenas lloró y se vistió de saco y detestó sus delitos, de tal suerte se concilió la misericordia de Dios, que le libró de todos los males que le amenazaban. En efecto, dijo Dios a Elías: *¿Has visto cómo se ha compungido Acab ante mi rostro? No echaré sobre él el mal en sus días, porque ha llorado delante de mi rostro* (3 Reg., XXI, 29).

Y más tarde Manasés, que a todos sobrepujó en furor y tiranía (2 Paralip., XXXIII, 13) y destruyó el culto legal, y cerró el templo, e hizo florecer el error de la idolatría, y fue más impío que cuantos le precedieron, por haberse al fin arrepentido, fue contado entre los amigos de Dios. Ahora bien, si mirando a la grandeza de sus propias iniquidades hubiera desconfiado de la conversión y mudanza de vida, hubiera perdido todo cuanto después consiguió: ahora, en cambio, por haber mirado, no al exceso de sus delitos, sino a la ilimitada misericordia de las entrañas de Dios, rompió las ataduras del demonio y se levantó y combatió, y consumó con gloria su carrera.

IX

Pero no sólo con lo que a éstos aconteció, sino también con las palabras del Profeta corta Dios los pensamientos de desesperación, diciendo así: *Hoy, si oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en el día de la exacerbadón* (Ps. XCIV, 9).

Y este *hoy* en toda la vida se puede decir, y aun si quieres, hasta la misma vejez: porque la penitencia no se mide por la cantidad de tiempo, sino por el afecto del alma. Los ninivitas no necesitaron de muchos días para borrar su pecado, antes bastó el corto espacio de un día para deshacer toda su iniquidad; y el ladrón no impetró la entrada en el paraíso en largo tiempo; antes en tan breve intervalo, como es el que se gasta en pronunciar una palabra, lavó todos los pecados de toda la vida, y recibió antes que los Apóstoles el premio de su fide-

dad. Veamos también a los mártires, que no en muchos años, sino en pocos días, y aun en uno solo, consiguieron espléndidas coronas.

Por lo cual, ánimo y mucho afecto es lo que siempre necesitamos; y si de tal manera disponemos la conciencia que aborrezcamos la maldad pasada y elijamos el camino contrario con tanto esfuerzo como Dios manda y exige, nada perderemos por la brevedad del tiempo; como que muchos, con haber sido los últimos, dejaron muy atrás a los primeros. Porque no es lo terrible el haber caído, sino el permanecer en la caída y no levantarse, y adhiriéndose al mal y emperzando, encubrir con pensamientos de desesperación la languidez de la voluntad. A semejantes hombres decía el Profeta en son de duda: *¿Acaso el que cae no se levanta, y el que va no vuelve?* (Jerem., VII, 4).

X

Y si nos pides algunos que haya caído de nuevo después de haber creído, en primer lugar, a los tales se refiere cuanto llevamos dicho: porque quien cayó era antes de los que estaban en pie, y no de los caídos: porque quien está caído, ¿cómo puede caer? Y, en segundo lugar, se dirán todavía otras cosas, ya por parábolas, ya por hechos y palabras más patentes.

Y es así, que aquella oveja separada de las noventa y nueve y después reducida, no nos da a entender otra cosa que la caída de los fieles y su conversión: porque era oveja y no de otro rebaño, sino del número de las demás, y antes eran apacentadas por el pastor, y se extravió con extravío no vulgar, sino por montes y selvas, esto es, por camino muy lejano y muy desviado del verdadero. Ahora bien; ¿por ventura no hizo caso de que anduviera extraviada? De ninguna manera; antes bien la redujo, y no empujándola y golpeándola, sino tomándola sobre los hombros. Porque así como los médicos más excelentes a los enfermos de larga enfermedad los restituyen a la salud con más cuidado, no sólo curándolos conforme a las leyes de la medicina, sino aun a veces condescendiendo con ellos, así también Dios a los muy corrompidos en el vicio no los lleva a la virtud con mucha violencia, sino con suavidad y poco a poco, sobrellevándolos siempre, para que no se hagan mayor la separación y más largo el extravío.

Ni es esta la única parábola que esto nos descubre, sino también la del hijo pródigo. Pues tampoco ésta era extraño, sino hijo y hermano

del que agradaba a su padre, y no se propasó a una maldad ordinaria, sino, por decirlo así, al mismo límite de los males, llegando el rico, el libre, el noble, a una condición más miserable que los criados y los extraños y los jornaleros. Y, sin embargo, volvió a su primer estado, y recibido el honor que antes tenía. Pero si hubiera desesperado y desconfiado por causa de sus desgracias, hubiera permanecido en la tierra extranjera, no hubiera logrado lo que logró, sino que, consumido de hambre, hubiera sucumbido con la muerte más infeliz; pero porque se arrepintió y no desesperó, vuelve después de tanta bajeza a tanto esplendor, y cíñese hermosísima vestidura, y obtiene mayores regalos que el hermano que no cayó. Porque, en efecto, decía éste: *Tantos años ha que te sirvo, sin jamás quebrantar ningún mandamiento tuyo, y nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos; pero cuando ha venido este tu hijo, que ha devorado con malas mujeres tu hacienda, le has matado el novillo grueso* (Luc., XV, 29, 30). Tanta es la fuerza de la penitencia.

XI

Teniendo, pues, tantos ejemplos, no permanezcamos en la maldad, ni desesperemos de la conversión; sino digamos también nosotros: *Iré a mi Padre*, y acerquémonos a Dios. Porque El, por su parte, jamás nos rechaza, sino que nosotros somos los que nos alejamos de El. *Yo, dice, soy Dios que está cerca, y no Dios de lejos*. (Jerem., XXIII, 23). Y por este mismo Profeta acusaba otra vez (a los judíos), diciéndoles: *¿No son vuestros pecados los que ponen separación entre Mí y vosotros?* (Isai., LIX, 2). Ya, pues, que esto es lo que nos aleja de Dios, quitemos este pésimo valladar, y nada nos impedirá acercarnos.

Oye ahora confirmada por los hechos la misma doctrina.

Un hombre conspicuo entre los corintios había cometido un pecado de tal naturaleza que ni entre los gentiles tenía nombre. Era, por otra parte, uno de los fieles y allegados a Cristo; y aun dicen algunos que era del número de los sacerdotes. Y ¿qué sucedió? ¿Acaso San Pablo le cortó el número de los que salvan? De ninguna manera; antes él mismo reprende a los corintios sin darse tregua y de mil maneras, porque no le redujeron a penitencia; y queriendo enseñarnos que no hay pecado alguno que no pueda curarse, dijo otra vez con motivo de

este mismo que había pecado más gravemente que los gentiles: *Entregadle a Satanás para perdición de su carne, para que el espíritu se salve en el día de Nuestro Señor Jesucristo* (1 Cor., V, 5). Pero esto era antes de la penitencia. Después que se arrepintió: *Ya le basta, dice, a ese tal la reprensión de parte de muchos* (2 Cor., II, 6); y escribió mandando que de nuevo le consolasen y admitiesen su penitencia, para que no fuera víctima de la codicia de Satanás.

Y a toda la región de los gálatas, que después de haber creído, y obrado milagros, y sufrir muchos trabajos por la fe de Cristo, todavía cayeron, de nuevo la levanta y reanima. Y que, en efecto, habían obrado milagros, lo declaró cuando dijo: *Así que quien os concede el Espíritu, obra en vosotros milagros* (Gal., III, 5); y que por la fe sufrieron además muchos combates, también lo declaró, diciendo: *Tantas cosas y padecisteis en vano, si es que las padecisteis en vano* (Gal., III, 5). Y, sin embargo, después de tanto aprovechamiento, cometieron un pecado suficiente para enajenarlos de Cristo; acerca del cual el mismo San Pablo decide de esta forma: *Ved que yo, Pablo, os lo digo: que si os circuncindáis, Cristo nada os aprovechará*. Y de nuevo: *Todos los que os justificáis en la ley, habéis perdido la gracia* (Gal., V, 2, 4). Y a pesar de todo, después de tal caída, los recibe, diciéndoles: *Hijuelos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros* (Gal., IV, 19); dando a entender que, aun después de la más rematada perdición, es posible que de nuevo se forme Cristo en nosotros; porque no quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezeq., XXXIII, 11).

XII

Convirtámonos, pues, querido amigo, y cumplamos la voluntad de Dios. Porque para este fin nos crió y nos sacó al ser, para hacernos participantes de los bienes eternos, para darnos el reino de los cielos, no para arrojarnos al infierno y entregarnos a sus llamas; porque éstas no las hizo por nosotros, sino por el diablo; y, en cambio, el reino para nosotros está ordenado y dispuesto desde antiguo. Y demostrando entrambas cosas, decía a los de la derecha: *Venid, benditos de mi Padre, poseed por herencia el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo* (Matth., XXV, 34); y a los de la izquierda: *Apartaos de mí, malditos, al fuego sempiterno, el que está preparado,*

no ya para vosotros, sino para *el diablo y sus ángeles*. De suerte que no se hizo el infierno por nosotros, sino por el diablo y sus ángeles; pero el reino, desde la fundación del mundo, se preparó para nosotros. No nos hagamos, pues, indignos de la entrada en el tálamo nupcial; porque mientras permanezcamos aquí, por innumerables pecados que cometamos, podemos lavarlos todos, haciendo penitencia de ellos; pero una vez que seamos llevados allá, por más vehemente que sea nuestro arrepentimiento, ya no habrá remedio alguno; antes por más que rechinemos de dientes, por más que nos aflijamos, por más que roguemos y supliquemos, envueltos en llamas, nadie nos dará refrigerio ni aun con la punta del dedo, sino que oiremos lo mismo que en otro tiempo el rico: *Grande es el abismo que se interpone entre vosotros y nosotros* (Luc., XVI, 26). Volvamos, pues, en nuestro acuerdo, mientras vivimos aquí, y reconozcamos a nuestro Señor, como conviene reconocerle. Porque nadie debe desconfiar de la esperanza del arrepentimiento, mientras no estuviere en el infierno; sólo allí es este mediador ineficaz e inútil; pero mientras estemos aquí, aunque se emplee en la misma vejez, tiene muchísima eficacia. Por este motivo también el demonio todo lo remueve, con el fin de arraigar en nosotros el pensamiento de la desesperación; y es que sabe muy bien que, por poco que nos arrepintamos, no lo hemos de hacer sin recompensa. Sino que así como quien da un vaso de agua tiene reservado su galardón, así también quien se arrepiente de los males que hizo, aunque no haga una penitencia proporcionada a sus pecados, aun por esa misma tendrá retribución. Porque ninguna absolutamente de las obras buenas, por pequeña que sea, se escapará a los ojos del justo Juez. Que si los pecados se examinan con tanta exacción, que por palabras y pensamientos somos castigados, ¿cuánto más se nos tendrán en cuenta en aquella ocasión, las obras buenas, sean grandes o sean pequeñas?

XIII

Así es que, aun dado que no pudieres volver otra vez a la misma diligencia que antes, si por lo menos te librases, comoquiera que sea, de la presente enfermedad y lascivia, ni aun esto se te dejará de contar; solamente por manos a la obra y abre el camino para entrar en el certamen; que mientras permanecieres fuera, con razón te parecerá

difícil e imposible. Porque antes de hacer la prueba, por suaves y llevaderas que sean las cosas, suelen, sin embargo, presentarse con grande ostentación de dificultad; pero cuando con ánimo y osadía vamos contra ellas y las experimentamos, la mayor parte de la angustia se desvanece, e introduciéndose la confianza en lugar del temblor y desesperación, disminuye el miedo, aumenta la facilidad y robustece las buenas esperanzas. Y esta fuera la causa por la que sacó a Judas de esta vida el malvado enemigo, no fuera que, como había comenzado ya a volver sobre sus pasos, se restituyera por el arrepentimiento al lugar de donde cayó. Porque yo, ciertamente, aunque parezca extraño lo que digo, ni aun aquel pecado lo tengo por mayor que el socorro que la penitencia nos proporciona. Por esta razón te suplico y conjuro, a fin de que, exterminado de tu alma todo pensamiento satánico, vuelvas a este camino de salvación. Porque es así que si yo te mandara remontarte otra vez de repente y de un salto a la cumbre donde estuviste, con justo motivo lo llevarías a mal, por haber en ello mucha dificultad; pero si ahora te pido solamente una cosa ten poca, como es que no añadas más a los males que tienes, sino que, levantándote de ellos, te vuelvas otras vez al camino contrario, ¿por qué razón lo rehusas y repugnas, y te arrastras a ti mismo hacia atrás? ¿No has visto a los que murieron en medio de sus delicias, y embriagueces, y diversiones, y demás burlerías de la vida? ¿Dónde están ahora los que con mucha pompa y mucha comitiva se abrían camino por la plaza; los que vestían sedas, y esparcían aromas, y alimentaban parásitos, y estaban siempre enclavados en su pabellón? ¿Dónde está ahora aquella su pompa de entonces? Pasó la esplendidez de los convites, la muchedumbre de los cantores, la obsequiosidad de los aduladores, la risa inmoderada, el descanso del ánimo, el derramamiento de la mente, la vida muelle, ociosa y regalada. ¿Adónde volaron ahora todas aquellas cosas? ¿Qué se hizo del cuerpo que disfrutaba de tanto regalo y limpieza? Ve al sepulcro, contempla el polvo, la ceniza, los gusanos, la fealdad del lugar, y gime amargamente. ¡Y ojalá que el mal parara en la ceniza! Mas no, de aquel sepulcro y aquellos gusanos traslada el pensamiento a aquel gusano inmortal, al fuego inextinguible, al rechinar de los dientes, a las tinieblas exteriores, a la tribulación y a la angustia, a la parábola de Lázaro y del rico, que siendo señor de tantas riquezas y vestido de púrpura, ni una gota de agua tuvo a su arbitrio, y esto hallándose en tan terrible necesidad. Las cosas de aquí no hacen ventaja alguna a los sueños. Porque así

como a los que trabajan en las minas o pagan otra pena más grave todavía, si alguna vez, dormidos bajo el peso de tantos trabajos y de aquella vida amarguísima, se ven en sueños a sí mismo en medio de delicias y abundancia, luego, en despertando, ninguna gracia les hacen los sueños; así también a aquel rico, habiendo gozado de riquezas en la presente vida como en un sueño, una vez partido de aquí, no le quedaba sino el ser castigado con aquel acerbo suplicio.

Consideras estas cosas, y poniendo aquel fuego en frente del incendio de las pasiones que está ahora apoderado de ti, líbrate, por fin, de ese horno. Porque quien ahora lo extinguiera aquí como es debido, no experimentará tampoco el otro; pero si uno no se sobrepone al de las pasiones, cuando hubiere partido de esta vida, se apoderará de él con más fuerza el del infierno.

¿Cuánto tiempo quieres que se te extienda el goce de la presente vida? Porque yo no creo que te resten ya más de cincuenta años para llegar a la última vejez, y aún esto no lo tenemos seguro; porque los que no pueden confiar de vivir ni aun hasta la tarde, ¿cómo pueden prometerse tantos años? Y no sólo esto no es incierto, sino también la mudanza misma de las cosas; porque muchas veces, extendiéndose la vida por largos años, no se extiende de la misma manera que ella los deleites, sino que, al momento de haberlos tenido, huyen. Pero, en fin, si te place, imagínate que has de vivir tantos años, y que no te ha de sobrevenir mudanza alguna: ¿qué es esto para aquellos siglos interminables y aquellos acerbos e intolerables suplicios? Porque aquí los bienes y los males tienen término, y por cierto muy en breve; pero allí ambas cosas se extienden por siglos inmortales, y se diferencian en tanto grado de las cosas de ahora, que ni aun decir se puede.

XIV

Porque a oír la palabra *fuego*, no vayas a pensar que aquel fuego es como el de aquí: porque el fuego de aquí devora y consume cuanto arrebat; pero aquel quema por siempre y nunca cesa de abrasar a los que tiene en su poder, y por esta razón se llama inextinguible. Puesto que también los pecadores conviene que se revistan de inmortalidad, no para honor, sino para ser contiguo pábulo de aquel suplicio; y cuán horrendo sea esto, no hay ciertamente palabras que sean capaces de hacerlo ver nunca; pero, sin embargo, alguna idea nos podemos for-

mar de aquellos graves tormentos por la experiencia de males pequeños. Si alguna vez te hallares en un baño excesivamente caliente, piensa entonces en el fuego del infierno; y si alguna vez te sintieres abrasar de una fiebre poderosa, traslada el pensamiento a aquellas llamas y entonces podrás ver bien la diferencia. Porque si un baño y una fiebre tanto nos afligen y perturban, ¿cómo estaremos cuando caigamos en aquel río de fuego que se arrastra delante de aquel terrible tribunal? En verdad que rechinaremos de dientes bajo el peso de aquellos trabajos en intolerables angustias; pero no habrá nadie que nos defienda, sino que daremos grandes lamentos, echándose sobre nosotros las llamas con gran violencia, y no veremos a nadie, si no es a los atormentados a una con nosotros y una inmensa soledad.

Y ¿quién será capaz de explicar los terrores que aquellas tinieblas producirán en nuestras almas? Porque aquel fuego, así como nos consume, así tampoco resplandece; que de lo contrario, ya no habría tinieblas. Así que la turbación por ellas causada entonces en nosotros, y el temblor, y aquel deshacese, y aquel salir de fuera de sí, solamente lo pueda dar a entender el tiempo de entonces. Porque muchos y muy variados son allí los géneros de tormentos, y por todas partes se lanzan sobre el alma torbellinos de suplicios.

Y si alguno dijere: ¿cómo es posible que pueda el alma resistir tanta muchedumbre de tormentos y perseverar en el suplicio siglos infinitos?, piense lo que aquí sucede; cómo muchas veces muchos han resistido una enfermedad larga y terrible. Y si al fin murieron, no fue porque el alma se consumiera, sino por haber desfallecido el cuerpo; que si él no se rindiera, no hubiera cesado el alma de ser atormentada. Así es que cuando le tenga incorruptible e indisoluble, nada estorbará que el suplicio se extienda sin término. Lo que sucede es que aquí no pueden concurrir al mismo tiempo ambas cosas, como son terribilidad de tormentos y larga duración, sino que la una está en pugna con la otra, por ser corruptible la naturaleza del cuerpo, y no poder sobrellevar la junta de ambas cosas; por cuando sobreviniere la inmortalidad, se deshará esta pugna, y entrambos males a todo su sabor estarán apoderados de nosotros para siempre jamás. No nos hayamos, pues, ahora de tal modo como si el exceso de los tormentos hubiera de consumir nuestra alma, porque ni aun el cuerpo podrá entonces consumirse, sino que durará con el alma, atormentado eternamente, y ya no habrá otro término. Pues bien, ¿qué deleites y cuánto espacio de tiempo quieres comparar con este castigo y suplicio? ¿Quieres el tiempo de

cien años, y aun doble? Y ¿qué tiene que ver esto con los siglos inacabables? Porque lo que es el sueño de un día en comparación de toda la vida, esto es el goce de las cosas presentes, comparado con la condición de las venideras. Ahora bien, ¿hay nadie que por pasar un sueño agradable eligiese ser atormentado por siempre? ¿Quién sería tan necio que se aviniera con semejante cambio? Y eso que todavía no impugno los placeres, ni descubro ahora la amargura que en ellos se encierra: ya que no es esta la ocasión de hacerlo así, sino cuando hubieres logrado huir de ellos. Porque ahora, es claro, cautivo de la pasión, aun me tendrías por fatuo si al placer le llamase amargo; pero cuando con la gracia de Dios te vieres libres de la enfermedad, entonces verás perfectamente también su amargura.

XV

Por este motivo, reservando para otra ocasión este razonamiento, sólo diré ahora: Demos que el regalo sea regalo, y el deleite deleite, y nada tenga de desagradable ni vituperable; ¿qué diremos ante el suplicio reservado para después? Y ¿qué haremos entonces, después de haber experimentado las cosas que ahora como en sombra y figura, y pagando en realidad de verdad el tormento sempiterno, y esto, habiendo tenido en las manos huir en breve tiempo los dichos suplicios y gozar de los bienes que nos estaban preparados? Que también esta es obra de la benignidad de Dios, el que se nos prolonguen los combates hasta largo espacio de tiempo, sino que, habiendo luchado en breve y en un momento y en un abrir y cerrar de ojos (que no es otra cosa la vida presente en comparación de aquella), seamos coronados por siglos infinitos. Y esto precisamente atormentará entonces no comoquiera las almas de los condenados, cuando piensen que habiendo podido en estos tan pocos días llevarlo todo a feliz término, por haberlo descuidado, se entregaron a sí mismos a los tormentos inmortales.

Pues para que tal no nos suceda, levantémonos, mientras es tiempo aceptable, mientras es día de salud, mientras es grande la fuerza del arrepentimiento. Porque si fuéremos desidiosos, vendrán sobre nosotros no solamente los males dichos, sino también otros muchos más terribles todavía. Y bien es cierto que hay en el infierno males como los expuestos y aun otros más acerbos; pero todavía la pérdida

de los bienes eternos lleva consigo tan grande tormento, tan grande tribulación y angustia, que aun cuando ningún suplicio hubiese para los que en esta vida pecan, sólo éste por sí mismo bastaría para corroer las almas y perturbarlas con mayor acerbidad que los tormentos del infierno.

XVI

Porque considera, te lo ruego, el estado de aquella vida, en cuanto te es posible considerarlo: que para lo que ella se merece no tenemos palabras que basten; pero, en fin, saquemos una idea oscura por lo que tenemos oído, valiéndonos de ello como de unos enigmas.

Huyó de allí, dice (la Escritura), el dolor y la tristeza y el gemido (Isai., XXXV, 10). ¿Qué puede haber, por consiguiente, más feliz que aquella vida? No hay allí temer pobreza y enfermedad; no hay ver nadie que haga injuria ni a nadie que la reciba, a nadie que irrite ni a nadie que sea irritado, a nadie que se afre, a nadie que envidie, a nadie inflamado de apetitos irracionales, a nadie preocupado de la provisión de las cosas necesarias, a nadie afligido por causa de primicias o dignidades: porque toda la tormenta de nuestras pasiones está extinguida, y todo está en reposo, alegría y regocijo, todo es serenidad y calma, todo paz y resplandor y luz; no esta luz de ahora, sino otra tanto más resplandeciente que ésta, cuanto ésta aventaja en brillo a la de una lámpara. Pues no se oculta aquella ni por la noche ni por la aglomeración de las nubes; no queman ni abrasa los cuerpos; porque no hay allí noche ni tarde, no hay frío ni calor, no hay ninguna otra mudanza de manera de ser, sino otro estado de tal naturaleza, que solamente lo sabrán quienes fueron dignos de él; no hay allí vejez, ni los males de ella, sino que está fuera de allí todo lo que sea corrupción, dominando por todas partes la gloria inmortal. Y lo que a todo esto sobrepaja es el gozar siempre del trato de Cristo, con los ángeles, con los arcángeles, con las supremas potestades. Mira ahora el cielo y traspasa con la mente hasta lo que está sobre el cielo, piensa en la transformación de toda la creación: porque no ha de permanecer tal como ahora, sino que será mucho más hermosa y resplandeciente, y cuando va del plomo al oro que despiden rayos de luz, tanto será mejor la condición de entonces que la de ahora, según que lo dice el bienaventurado San Pablo: *Porque también la misma creación será liberta-*

da de la servidumbre de la corrupción (Rom., VIII, 21). Porque ahora, claro está, como corruptible que es, está sujeta a muchos males, a que es preciso estén sujetos los cuerpos de tal naturaleza; pero entonces, despojándose de todos ellos, se nos pondrá delante con una hermosura incorruptible: porque como la creación ha de recibir en sí cuerpos incorruptibles, también ella se ha de transformar en más excelente. Ya no habrá entonces sedición ni lucha: porque será grande la concordia del coro de los Santos, siendo todos perpetuamente del mismo sentir. No hay allí temor a Satanás, y ni las asechanzas de los demonios, ni las amenazas del infierno, ni la muerte, no ya ésta de ahora, pero ni aquella otra que es mucho más terrible, antes ya todo temor semejante tiene allí perdida su fuerza.

XVII

Y así como el hijo de un rey, que al principio es educado de una manera sencilla y vulgar y se ve sujeto a temor y amenaza, a fin de que la indulgencia no le haga para poco e indigno de la herencia de su padres, una vez que debe ya ser elevado a la dignidad real, despojándose de repente de todo lo primero, preside con mucha libertad, vestido de púrpura, ceñido de diadema, rodeado de la muchedumbre de los que la hacen guardia, y desechado de su ánimo todo abatimiento y bajeza recibe, en cambio, otras cosas mejores, lo mismo sucederá también entonces a todos los Santos. Y no son vanas palabras lo que digno; vamos, si no, con la mente al monta donde se trasfiguró Jesucristo; veámosle resplandecer como resplandeció; por más que n aun así nos descubrió todo el resplandor del siglo venidero. Ya que lo que allí sucedió no fue sino una atemperación, y no demostración estricta de la realidad, como claramente se ve por las mismas palabras del Evangelista. Porque, ¿qué es lo que dice? *Resplandeció como el sol* (Matth., XVII, 2). Pero la gloria de los cuerpos incorruptibles no despidе la luz en la misma medida que aquel cuerpo (del sol), corruptible al fin, ni de tal naturaleza que sea accesible aun a los ojos mortales, sino tal que requiere para su contemplación ojos inmortales e incorruptibles. Mas entonces en el monte tan sólo les descubrió cuanto les era posible ver sin que recibieran daño sus ojos; y ni aun así lo soportaron, sino que cayeron sobre sus rostros.

Díme: si alguno te hubiera conducido a un lugar resplandeciente, donde estuvieran todos sentados ceñidos de vestiduras de oro, y en

medio de la muchedumbre te hubiera señalado a uno que tuviera hechas solamente de piedras preciosas no sólo sus vestiduras, sino también la corona puesta en su cabeza, y después te prometiera haberte de alistar en aquel grupo, ¿no es cierto que harías cualquier cosa, con tal de lograr esta promesa? Abre, pues, también ahora los ojos de tu alma, y mira aquel espectáculo y concurso, no formado por hombres como los dichos, sino por los que son mucho más dignos de estima que las piedras preciosas y que los rayos solares y que todo resplandor visible, y no sólo por hombres, sino por los que son mucho más dignos de aprecio que ellos, por ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, principados, potestades. Que acerca del Rey, ni decir se puede que tal sea: tanto es lo que sobrepaja a toda palabra y pensamiento aquella hermosura, aquella belleza, aquel resplandor, aquella gloria, aquella majestad, aquella magnificencia. ¿Y de tantos bienes, díme, nos hemos de privar por no padecer un poco de tiempo? Porque aun cuando fuera necesario padecer millares de muertes cada día, aunque el infierno mismo, por ver a Cristo venir en su gloria y ser alistados en el número de los Santos, ¿no convendría tolerarlo todo? Oye lo que dice el bienaventurado San Pedro: *Bueno es que nos estemos aquí* (Matth., XVII, 4). Si, pues, él, viendo una obscura imagen de lo venidero, todo lo demás lo desechó de su alma por el placer que en ella experimentó por aquella vista, ¿qué podrá uno decir, cuando se presente la misma verdad de las cosas, cuando, abierto el palacio real, sea dado contemplar al mismo Rey, ya no por enigma ni espejo, sino cara a cara; ya no por fe, sino por vista de ojos?

XVIII

Y todavía ello es así, que muchos, juzgando irracionalmente, se dan por satisfechos con sólo librarse del infierno; mas yo a mi vez afirmo, que es un suplicio mucho más terrible que el infierno el no hallarse en aquella gloria: y aquel que la hubiere perdido, creo que no tanto ha de lamentar los males del infierno, como el haber perdido el reino de los cielos: porque en razón de suplicio, éste sólo es el más terrible de todos.

Ahora muchas veces, cuando vemos al emperador entrar en su palacio real con muchedumbre de guardias, tenemos por afortunados a los que están cerca de él y participan de su conversación y consejo y

de los demás de su gloria; y por innumerables bienes que tengamos, nos juzgamos por miserables y no gozamos de ninguno de ellos, mirando a la gloria de los que le rodean, y eso sabiendo como sabemos que este resplandor es falaz y nada firme, ya por las guerras, ya por las asechanzas, ya por las envidias, ya porque, aun sin nada de esto, él en sí mismo no es digno de estimación alguna. Y cuando se trata del Rey de todas las cosas, del que domina, no ya una parte de la tierra, sino toda su redondez, o mejor dicho, del que la encierra toda en un puño y mide los cielos con un palmo, del que con la palabra de su poder sustenta todas las cosas y el universo entero, para quien todas las naciones son como nada y se reputan como saliva, tratándose, digo, de este Rey, ¿no juzgaremos por el más extremo suplicio el no ser contados en el coro de los que le rodean, sino que nos daremos por contentos con librarnos tan sólo del infierno? ¿Qué puede haber más miserable que un alma así?

Porque este Rey no ha de venir llevado de blancos caballos, ni en carro de oro, ni ceñido de púrpura y diadema, cuando venga a juzgar a la tierra.

Pues, ¿cómo vendrá?— Oye a los Profetas, que con clamores lo dicen, cuanto a los hombres es dado decirlo: *Vendrá Dios manifestamente; nuestro Dios y no callará; fuego arderá delante de su acatamiento, y alrededor de El tempestad terrible: citará delante de sí al cielo desde arriba y a la tierra para discernir a su pueblo* (Ps. XLIV, 3, 4). Isaías nos pone además delante el suplico mismo, diciendo así: *He aquí que viene el día del Señor, de insalvable furor e ira, para convertir en desierto toda la tierra y perder a los pecadores de ella. Porque las estrellas del cielo y Orión y toda la hermosura del cielo, no darán su luz, y se entenebrece el sol en su nacimiento, y la luna no dará su resplandor. Y enviaré a toda la tierra males y a los impíos sus propios pecados, y destruiré la arrogancia de los inicuos, y la arrogancia de los soberbios la humillaré; y serán los que quedaren más apreciados que el oro no acrisolado, y el hombre será más apreciado que la piedra de Sufir. Porque el cielo se agitará y la tierra se conmoventá en sus cimientos por el furor de la ira del Señor de los ejércitos en el día en que sobrevenga su furor* (Isai., XIII, 9, 13). Y de nuevo: *Se abrirán, dice cataratas desde el cielo, y se conmoventán los cimientos de la tierra; con gran turbación se turbará la tierra, con grande movimiento se moverá, con grande apremio se verá apremiada, con grande agitación se agitará, como un ebrio y*

tomado del vino; sentirá sacudidas como choza de un guardacampesino; vendrá a tierra y ya no se podrá levantar; porque pudo con ella la iniquidad. Y cargará Dios su mano en aquel día sobre el ornato del cielo en lo alto, y sobre los reinos de la tierra, y congregaron a los habitantes de ella en una cárcel, y los encerrarán en lugar de resguardo (Isai., XXIV, 19, 22). También Malaquías concuerda con estos vaticinios, cuando dice: *He aquí que viene el Señor omnipotente, y ¿quién aguantará el día de su entrada, o quién subsistirá en su aparición? Porque El avanza como fuego de crisol, o como hiebra de bataneros, y sentárase como para acrisolar y purificar el oro y la plata* (Malach., III, 2, 3). Y de nuevo dice: *He aquí que viene el día del Señor, encendido como un horno, y los abrasará, y todos los alienígenas, y todos los que obran las iniquidades será paja, y los inflamará el día que ha de venir, dice el Señor omnipotente, y no quedará de ellos raíz ni sarmiento* (Malach., IV, 1). Y el varón de deseos (Daniel), *contemplaba, dice, hasta que se colocaron los tronos y se sentó el Antiguo en días: y su vestidura era blanca como nieve, y la cabellera de su cabeza como lana pura; su trono llama de fuego, sus ruedas fuego inflamador, un río de fuego se arrastraba avanzando delante de El. Millares de millares le servían, y decenas de millares de docenas de millares asistían delante de El. Sentóse el Juez, y los libros se abrieron.* (Dan., VII, 9, 10). Y en seguida, poco después, dice: *Contemplaba yo en la visión nocturna, y he aquí que entre las nubes del cielo venía uno como Hijo del hombre, y se adelantó hasta el Antiguo en días, y fue ofrecido delante de El; y el fue dado el imperio, y el honor, y el reino, y todos los pueblos, tribus, lenguas le sirven. Su poder es poder sempiterno, que no pasará, y su reino no se menoscabará. Llenóse de terror mi espíritu en mi ser: yo Daniel me turbé, y las visiones de mi cabeza me llenaron de turbación* (Ib., XIII, 15). Entonces se abrirán todas las puertas de las bóvedas del cielo, o mejor, el mismo cielo será quitado de enmedio: porque *el cielo*, dice (la Escritura), *se arrollará como un libro* (Isai., XXXIV, 4): como se muda la piel y el velo de una tienda de campaña para transformarlo en otro mejor. Entonces todo estará lleno de estupor, horror y temblor. Entonces se apoderará de los mismos ángeles grande miedo, y no sólo de los ángeles, sino también de los arcángeles, y tronos, y dominaciones, y principados, y potestades; porque *se conmoverán*, dice (la Escritura), *las virtudes de los cielos* (Matth., XXIV, 29), ya que a sus consiervos se les ha de pedir cuenta de la vida pasada en este mundo.

En efecto: si cuando es juzgada una ciudad, con ser tales como los de esta vida los magistrados, se llenan de horror todos, aun los que están fuera de peligro; cuando sea juzgada toda la tierra por tal Juez, que no necesita ni de testigos ni de alegaciones, sino que sin nada de esto presenta delante de todos las obras y las palabras y los pensamientos, y todo se lo muestra como en un cuadro a los mismos que pecaron y a los demás que no lo sabían, ¿cómo será posible que no tiemble y se agite toda potestad? Porque aun cuando no se arrastrara el río de fuego, aun cuando no asistieran los ángeles formidables a los ojos, sino que solamente los hombres llamados a juicio, unos fueron alabados y admirados, y otros lanzados ignomiosamente para que no vieses la gloria de Dios (porque *sea quitado el impío*, dice la Escritura, *para que no vea la gloria del Señor*), y a esto se redujera el castigo, ¿no atormentaría con más amargura que cualquier infierno las almas de los así apartados la pérdida de tales bienes? En efecto: cuán grave mal sea éste, ahora no lo podemos declarar de palabra; pero entonces lo sabremos claramente por la realidad. Pues a todo esto añade tú ahora el suplicio mismo, y el ir, no solamente avergonzados y cubierta la cabeza y mirando al suelo, sino también arrastrados por el camino que conduce al fuego, y llevados por fuerza a los tormentos mismos, y entregados a aquellas desapiadadas potestades, y todo esto padecerlo en la misma ocasión en que son coronados y proclamados vencedores y presentados en el trono real todos los que hicieron el bien y obras dignas de la vida eterna.

XIX

Y todo esto por lo que hace a aquel día; pero, ¿qué discurso podrá manifestar lo que de allí en adelante ha de suceder, el deleite, la utilidad, el júbilo de vivir juntamente con Cristo? Porque el alma restaurada a su propia nobleza y capaz de ver ya con libertad a su propio Señor, no se puede decir que goce experimenta, ni qué utilidad percibe, no sólo por gozar de los bienes que tiene ya en sus manos, sino también por estar además persuadida que esta felicidad no se acabará jamás. Así es que ni se puede con palabras declarar, ni con el entendimiento comprender aquella alegría; pero me esforzaré, con todo, en hacerla ver, aunque sea obscuramente y de la manera que por las cosas pequeñas se pueden dar a conocer las grandes.

Examinemos al efecto a los que en la presente vida gozan de los bienes del mundo, a saber, riquezas, poder y honra: cómo, ensorbecidos por la buena fortuna, ni siquiera se creen vivir sobre la tierra, y esto gozando de tales bienes que ni se creen bienes ni les duran, sino que se les huyen más velozmente que un sueño, y si alguna vez llegan a permanecer un poco, dan placer solamente en la presente vida, pero no pueden acompañarles más allá. Pues si estas cosas causan en los que las poseen tanta alegría, ¿qué juzgas que ha de suceder a aquellas almas que son llamadas a los bienes infinitos del cielo, que permanecen adheridos y firmes por siempre jamás? Y no es esto sólo, sino que aun en cantidad y calidad se aventajan tanto a los presentes, que ni siquiera cupieron jamás en corazón de hombre. Porque lo cierto es que ahora, a semejanza de un niño que vive en el seno materno, vivimos apretados en este mundo, y no podremos comprender el resplandor y la libertad de la vida venidera; pero cuando sobrevenga el tiempo del parto, y el siglo presente saque a luz en el día del juicio a todos los hombres que concibió, los hijos abortivos irán de unas tinieblas a otras tinieblas y de una tribulación a otra tribulación más terrible; pero los hijos bien formados, y que conservaron los caracteres de la imagen real, serán presentados ante el Rey, y recibirán en pago aquel ministerio que los ángeles y arcángeles cumplen en obsequio del Dios de todas las criaturas.

XX

No destruyas, pues, por completo, amigo mío, estos caracteres, antes, recobrándolos prontamente, fórmalos con más perfección. Porque bien es cierto que la belleza corporal nos la encerró Dios dentro de los límites de la naturaleza; pero la hermosura del alma está libre de la necesidad y servidumbre del cuerpo, como que es mucho más excelente que la hermosura corporal, y toda depende de nosotros y de la voluntad de Dios. Pues como amoroso de los hombres que es el Señor nuestro, honró a nuestro linaje muy singularmente, haciendo que las cosas menores y que son de poca importancia para nosotros, e indiferentes de cualquier modo que sean, estén sujetas a la necesidad de la naturaleza, y, al contrario, de las que son verdaderamente bienes, seamos nosotros mismos los hacedores. Ciertamente, si también nos hubiera hecho dueños de la hermosura corporal, nos hubiéramos

preocupado, por una parte, con superflua solicitud, y hubiéramos, por otra, perdido, todo el tiempo en cosas de ningún provecho, y descuidado lastimosamente el alma. Si ahora, no teniendo esta facultad, todo lo revolvemos y forzamos, y nos entregamos a falsificar la hermosura, y ya que no la tengamos verdadera, la aparentamos con coloretes y afeites, y la compostura del cabello, y los pliegues de las vestiduras, y la tintura de los ojos, y mil otros artificios, ¿qué cuidado emplearíamos en el alma y los negocios graves, si pudiéramos transformar el cuerpo, dándole la verdadera hermosura? Quizá ni siquiera tendríamos otra ocupación, si esto estuviera en nuestro arbitrio, sino que consumiríamos todo el tiempo hermozeando a la sierva con infinitos adornos, y dejando a la señora ³ yacer peor que una esclava en fealdad y dejadez. Por esta razón, habiéndonos librado Dios de este mal cuidado, nos dio el arte de una cosa mejor, de suerte que quien no puede hacer el cuerpo de feo hermoso, pueda elevar el alma hasta el mismo límite de la hermosura, por más que hubiere caído hasta el extremo de la fealdad, y hacerla tan amable y deseable, que no solamente lleguen a codiciarla los hombres buenos, sino aun el mismo Rey y Dios de todas las cosas, como, hablando de este hermosura, lo decía el salmista: *Y codiciará el Rey tu hermosura* (Ps., XLIV, 12). ¿No ves cómo, aun en las casas públicas, a las mujeres deformes e impudentes no se allegaría sino apenas los gladiadores, los fugitivos y hechos a luchar con fieras, y en tanto, si alguna fuera agraciada, bien nacida y vergonzosa, que por algún cambio de fortuna hubiera venido a tal necesidad, no se avergonzarían de tomarla por esposa aun los hombres más grandes e ilustres? Pues si entre los hombres hay tanta misericordia y tanto desprecio de la gloria, que a las que muchas veces fueron afrentadas en las casas públicas las libran de tal servidumbre y las tienen por mujeres, mucho más tendrá esto lugar entre Dios y las almas que cayeron de su soberana nobleza a la casa de perdición de la presente vida. Y de tales ejemplos hallarás llenos los Profetas, cuando hablan con Jerusalén; porque habiendo ella caído en fornicación, y nuevo género de fornicación, como lo dice Ezequiel: *A todas las meretrices se da paga, pero tú dabas paga tú misma, y sucedía en ti lo contrario que en las demás* (Ezech., XVI, 33); y otro Profeta a su vez: *Te sentaste, esperándolos como corneja solitaria* (Jerem., III, 2); habiendo, pues, ella olvidado de esta manera, de nuevo la llama Dios hacia sí. Porque el cautiverio que el sobrevino, no tanto fue para venganza, cuanto para reducción y corrección, dado que si Dios hubiera querido

vengarse de ellos por completo, no los hubiera reducido de nuevo a su patria, no les hubiera levantado ni la ciudad ni el templo, de más amplitud y esplendor que antes. *Porque será, dice la gloria posterior de esta casa mayor que la pasada* (Ag., II, 10). Ahora bien, si a la que muchas fornicó no excluyó Dios de la penitencia, con más razón recibirá a tu alma, que ahora cayó por primera vez. Porque no hay, no hay ningún amador de la hermosura alguna corporal, por desatinado que ande, que esté tan inflamado en el amor de la persona amada, como desea Dios la salvación de nuestras almas. Y esto puede verse, bien sea por lo que cada día acontece, bien sea por las Sagradas Escrituras. Mira, en efecto, cómo al principio de Jeremías y en muchas partes de los Profetas, despreciado y desatendido, busca todavía y persigue la amistad de los que le desearon; lo cual declaraba El mismo en los Evangelios, diciendo: *¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los Profetas y apedreas a los envidiosos a ti! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina sus polluelos bajo sus alas y no lo quisisteis!* (Matth., XXIII, 37). Y San Pablo, escribiendo a los corintios, decía: *Porque Dios estaba en Cristo reconciliando consigo el mundo, no imputándose a ellos sus pecados, y poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como exhortándonos Dios por medio de nosotros: suplicamos por Cristo, reconciliaos con Dios* (2 Cor., V, 19, 20). Hazte ahora cuenta que esto se nos dice también a nosotros. Porque no sólo la incredulidad, sino también la vida impura es suficiente para producir esta aborrecible enemistad. *Porque la sabiduría de la carne, dice (la Escritura), es enemistad contra Dios* (Rom., VIII, 7). Destruyamos, pues, este valladar y quitémosle de en medio, y démosle muerte, para que alcancemos tan feliz reconciliación, para que de nuevo nos hagamos amables y deseables a Dios.

XXI

Ya se que admiras ahora la hermosura de Hermiona, y nada crees sobre la tierra comparable con aquella belleza; pero si quieres, amigo mío, serás tanto más agraciado y hermoso que ella, cuanto a las estatuas de barro se aventajan las de oro. Porque si la hermosura que se halla en el cuerpo tanto llena de admiración y arrebatada las almas de los hombres, cuando esa hermosura resplandezca en el alma, ¿qué

habrá comparable con cosa tan hermosa y apacible? Porque al cabo, esta hermosura no consiste en otra cosa sino en flema, sangre, humor, bilis y el jugo del alimento. Este es como el riego que da vida a los ojos, a las mejillas y a todo lo demás; y si no reciben cada día este riego que sube del estómago y del hígado, marchítase feamente la piel, húndese los ojos y desaparece al momento toda la hermosura del rostro: de suerte que, si consideras que es lo que hay dentro de los ojos hermosos, de la nariz bien proporcionada, de la boca y de las mejillas, dirás que no es otra cosa la hermosura del cuerpo sino un sepulcro blanqueado: tanta es la suciedad de que está lleno el interior. Ahora bien, si ves un jirón que tenga alguna cosa de esas, como flema o saliva, no toleras ni aun el tocarlo con la punta de los dedos y ni aun siquiera el verlo; y, sin embargo, ¿contemplas con admiración los que son depósitos y almacenes de eso mismo? Pero muy lejos estaba de ser como esa tu hermosura, sino tanto mejor y más resplandeciente, cuanto a la tierra se aventaja el cielo, y aun mucho más todavía. Porque el alma en sí misma y desnuda de cuerpo, nadie la vio jamás; pero, a pesar de todo, haré lo posible por hacerte ver su hermosura, indirectamente, valiéndome de las potestades superiores. Oye, en efecto, como la hermosura que ellas tiene llenó de pasmo al varón de deseos; porque queriendo dar a entender su belleza y no pudiendo hallar cuerpo alguno semejante, acudió a la naturaleza de los metales, y ni aun con esto se dio por satisfecho, sino que adujo para ejemplo el resplandor del relámpago. Y si no habiendo manifestado los ángeles su naturaleza puramente y tal como es, sino con mucha obscuridad y envuelta en sombras, todavía resplandecieron en tanto grado, ¿cuáles aparecerán cuando se descubran sin velo alguno? Algo parecido es necesario imaginarse también la hermosura del alma. Porque *será*, dice (la Escritura) *como los ángeles* (Luc., XX, 36). También entre los cuerpos, los que son más leves y tenues y van por el camino que lleva a lo incorpóreo, son mucho mejores y más admirables que los demás. Así el cielo vence en hermosura a la tierra, el fuego al agua, las estrellas a las piedras preciosas; y el arco iris nos admira mucho más que las violetas y rosas y todas las demás flores de la tierra. Y, para decirlo de una vez, si fuera dado ver con los ojos corporales la hermosura del alma, te reirías de todos estos ejemplos de cosas corpóreas, que tan débilmente nos representan su belleza.

No descuidemos, pues, tal tesoro y felicidad como ésta, y sobre todo, siéndonos tan fácil el volver a aquella hermosura por la esperanza de los bienes venideros. *Porque lo momentáneo y leve de nuestra tribulación*, dice (San Pablo), *obra un peso eterno de gloria sobre toda medida y ponderación, no atendiendo nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven; porque las que se ven son temporales, pero las que no se ven, eternas* (2 Cor., IV, 17). Y si a las tribulaciones que tú sabe llamó San Pablo leves y llevaderas, por no atender a las cosas que se ven, mucho más llevadero será el desistir de la liviandad. Porque aun no te llamamos a aquellos peligros, ni a aquellas muertes de cada día, ni a las heridas continuas, ni a los azotes, ni a las cadenas, ni a la enemistad con el mundo, ni al odio de parte de los domésticos, ni a las vigiliass continuadas, ni a los largos caminos, ni a los naufragios, ni a los asaltos de los ladrones, ni a las asechanzas de los allegados, ni a las angustias por los amigos, ni al hambre, ni al frío, ni a la desnudez, ni a los ardores del sol, ni a la tristeza, sea por tus cosas, sea por las ajenas. Nada de esto te exigimos todavía, sino solamente te suplicamos una cosa: que te libres de esa maldita esclavitud y vuelvas a tu primera libertad, considerando el castigo que a la liviandad se sigue y el honor de la pasada vida. Porque eso de que los que no creen en la Resurrección se sientan perezosos y nunca lleguen a cobrar temor, nada tiene de extraño; pero que nosotros, que estamos persuadidos de lo futuro más que de lo presente, vivamos de una manera tan calamitosa y miserable, y no nos impresionemos nada por la memoria de la otra vida, sino que vengamos a dar en la más completa insensibilidad, es irracional sobremanera. Puesto que si nosotros los fieles obramos como los infieles y todavía vivimos más miserablemente que ellos (ya que no faltan entre ellos quienes resplandecieron con virtud natural), ¿qué consuelo habrá para nosotros? ¿qué perdón? Muchos comerciantes, a pesar de haber naufragado, todavía no decayeron de ánimo, antes insistieron en su mismo empeño; y esto, con haberles sucedido el daño, no por propia negligencia, sino por la violencia incontrastable de los vientos; y nosotros, que podemos confiar del término y estamos seguro de que, si no queremos nosotros, no nos ha de suceder ni naufragio ni daño alguno, ¿no volveremos de nuevo al mismo empeño y comerciaremos lo mismo que al principio, sino que yaceremos en la inacción y estare-

mos cruzados de brazos? ¡Y ojalá estemos cruzados de brazos y no trabajando contra nosotros, que es la más insigüe locura! Porque si un púgil, dejando a su contrario, volviera las manos contra su propia cabeza y se golpeará el rostro, ¿no le tendríamos por furioso? Nos armó el demonio una zancadilla y nos derribó; es, pues, necesario levantarnos y no dejarnos arrastrar de nuevo, ni echarnos al precipicio, ni añadir a sus golpes los nuestros. También el Santo David tuvo una caída como la tuya ahora; y no solo aquella, sino otra además, la del homicidio. ¿Y qué? ¿Permaneció caído? ¿No se levantó al momento con fuerza y se aprestó a hacer frente al enemigo? Así fue, y tan esforzadamente le derrotó, que aun después de muerto protegió a sus descendientes. Porque a Salomón, que cometió una iniquidad tan grande y se hizo digno de mil muertes, dijo Dios que en gracia de David le dejaba el reino entero, por estas palabras: *Rasgando rasgaré tu reino de tu mano y se lo daré a tu siervo. Con todo, no lo haré en tus días* (3 Reg., XI, 11). ¿Por qué? *Por David tu padre: de la mano de tu hijo lo tomaré*. Y también a Ezequías, que iba ya a verse en el último riesgo, por más que él era justo, le prometió a su vez auxiliarle por el mismo Santo David. *Escudaré, dice, a ésta ciudad para salvarla, por mí y por David mi siervo* (4 Reg., XIX, 34). ¡Tanto es el poder de la penitencia! Ahora bien; si David hubiera pensado en la manera que tú ahora, que era imposible ya aplacar a Dios, y hubiera dicho para consigo: “Dios me honró con grande honor, púsome con el número de los Profetas, dióme el mando sobre los de mi tribu, arrancóme de innumerables peligros, ¿cómo, pues, habiéndole ofendido después de tantos beneficios, y cometido los mayores crímenes, podrá de nuevo volverle propicio?”— si así hubiera pensado, no sólo no hubiera hecho lo que después hizo, sino que hubiera echado a perder lo de antes.

XXIII

Porque no solamente las heridas corporales engendran la muerte cuando se las descuida, sino también las del alma: y, sin embargo, a tanta demencia hemos llegado, que de las primeras nos preocupamos mucho, y éstas, en cambio, las despreciamos: y así aunque muchas veces ocurran en el cuerpo muchas enfermedades incurables, no por eso desesperamos; antes, aun cuando continuamente oigamos a los

médicos decir que es imposible desarraigar con medicinas tal enfermedad, con todo, insistimos, exhortando a que, por lo menos, procuren algún poco de alivio; pero tratándose de las almas, en las que no hay enfermedades algunas incurables —pues no proceden de la necesidad de la naturaleza—, ya en este punto las descuidamos, como si las enfermedades fueran ajenas, y perdemos la esperanza. De suerte que allí donde la naturaleza de las enfermedades nos incita a desconfiar, ponemos gran cuidado, como si hubiera muchas esperanzas de salud; y donde nada hay de que debamos desconfiar, lo dejamos todo a un lado y lo descuidamos como en cosa desesperada: tanto es mayor la cuenta que hacemos del cuerpo que la del alma. Y precisamente por este motivo tampoco podemos salvar el cuerpo. Porque quien descuida lo principal, y pone todo su empeño en lo de menos importancia, ambas cosas pierde y destruye; pero quien guarda el orden, y salva y cuida ante todo lo más importante, aunque descuide lo de segundo orden, lo viene a salvar, salvando lo más principal. Y esto era lo que nos declaraba Cristo, cuando decía: *No queráis temer a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede destruir cuerpo y alma en el infierno* (Matth., X, 20). ¿Te logramos ya persuadir que nunca se debe desconfiar de las enfermedades del alma como de incurables, o será necesario traer todavía nuevos argumentos? Pues aun cuando desconfíes de ti infinitas veces, nosotros nunca desconfiaremos de ti ni incurriremos en lo que en otros reprendemos: por más que no sea lo mismo el que uno desespere de sí mismo, o el que otro desespere de él. Porque el que así piense de otro, fácilmente puede obtener perdón; pero no así el que desespere de sí mismo. ¿por qué razón? Porque no es el dueño de la diligencia y arrepentimiento del otro, mientras que el suyo está sólo en su poder. Y, sin embargo, ni aun así desconfiaremos de ti, por más que tú lo hagas mil veces: porque quizá, quizá entrarás de nuevo por el camino de la virtud, y te convertirás a tu primera vida.

XXIV

Oye también lo que voy a decir: Los ninivitas, habiendo oído al Profeta que con vehemencia y terminantemente les amenazaba: *Tres días faltan aún, y Nínive será destruida* (Jon., III, 4); ni aun así decayeron de ánimo, sino que aun sin esperanzas de aplacar a Dios, y

aun teniendo indicios de lo contrario por el vaticinio –porque no había distinción alguna en sus palabras, sino que era una sentencia decisiva–, aun con todo eso, hicieron penitencia, diciendo: *¿Quién sabe si se arrepentirá y se aplacará Dios, y desistirá del furor de su ira y no pereceremos? Y vio Dios sus obras, que se volvieron atrás de sus malos caminos, y se arrepintió Dios del mal que había amenazado hacerles, y no lo hizo* (Ibid., IX, 10). Pues si unos hombres bárbaros e indoctos llegaron a comprender esto, muchos más conviene que lo hagamos así nosotros, como hombres instruidos en los divinos dogmas, y que hemos visto gran muchedumbre de ejemplos semejantes en palabras y obras. *Porque no son mis consejos, dice (Dios), como vuestros consejos, ni mis caminos son como vuestros caminos; sino que cuando dista de la tierra el cielo, tanto mis pensamientos distan de vuestros pensamientos, y mis consejos de vuestros consejos* (Isai., LV, 8, 9). Y si nosotros a nuestros criados, si prometen mejor de conducta, los recibimos y los volvemos a su primer honor, y aun muchas veces les damos mayores muestras de confianza, ¿cuánto más lo hará Dios? Si nos hubiera criado para castigarnos, con razón desconfiarías y dudarías de la salvación; pero si por ninguna otra causa nos crió sino por sola su bondad y para que gocemos de los bienes eternos, y todo lo hace y endereza a este fin desde el primer día y siempre, ¿qué puede haber que nos haga vacilar? ¿Que le irritamos gravemente y como ningún otro hombre? Precisamente por eso debemos apartarnos más de lo presente y arrepentirnos de lo antes cometido, y hacer una mudanza completa. No tanto podrán irritar a Dios los pecados que ya una vez hubiéremos cometido, como el no querernos convertir. Que al fin, el pecar es de hombres, pero el persistir en el pecado, eso no es ya de hombres, sino todo satánico. Mira, en efecto, cómo aun por medio del Profeta reprende Dios más lo segundo que lo primero. *Y dije, después de ella cometió todas estas fornicaciones. Vuélvete a Mí, y no se volvió* (Jer., III, 7). Y en otra parte, además, queriendo dar a entender la gran propensión que tiene a salvarnos, ya que después de muchas iniquidades prometieron andar por el camino recto, habiéndolos oído, dice: *¿Quién me dará que sus corazones se hayan de manera que me teman, y guarden todos mis mandamientos en sus días, para que les vaya bien a ellos y a sus hijos para siempre?* (Deut., V, 29). Y Moisés hablando con ellos, decía: *Y ahora, os Israel, ¿qué pide de ti el Señor Dios, sino que temas al Señor tu Dios, y andes en todos sus caminos, y le ames?* (Deut., X, 12). Ahora bien,

quien ansía ser amado por nosotros, y todo lo hace por este fin, y por nuestro amor ni siquiera perdonó a su Unigénito, y tiene por cosa muy deseable que nos reconciliemos con El, ¿cómo no nos ha de recibir y abrazar, si nos arrepentimos? Oye, a este propósito, qué dice por el Profeta: *Di tú el primero tus iniquidades para que seas justificado* (Isai., XLIII, 26). Y aun esto nos lo pide para que sea grande el amor que le cobremos. Porque cuando el amante, recibidos muchos ultrajes de aquellos a quienes ama, ni aun con esto extingue su amor, sin duda, no por otra causa quiere que se le pongan delante aquellos ultrajes sino para que, habiendo hecho ver la firmeza de su amor, los incite a un amor más grande y más intenso. Y si el confesar los pecados trae tanto consuelo, mucho más lo traerá el borrarles con obras. Ya que, si así no fuera, sino que a cuantos una vez se extraviaron del camino recto les impidiera volver otra vez al mismo, ninguno apenas, a no ser unos pocos y muy contados, entraría nunca en el reino de los cielos, pero ahora, en cambio, veremos que los que más resplandecen son precisamente los que dieron estas caídas. Los que en el mal hicieron muestra de gran vehemencia, la harán también a su vez en el bien, teniendo conciencia de cuán grandes deudas tomaron sobre sí; y es exactamente lo que dio a entender Cristo cuando hablaba a Simón acerca de aquella mujer, diciendo: *¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa, no me has dado agua para los pies, y esta mujer me los ha lavado con lágrimas, y me los ha enjugado con sus cabellos. No me has dado beso de paz, y ésta, desde que he entrado, no ha cesado de besar mis pies. No has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha ungido con ungüento mis pies. Por lo cual te afirmo: le son perdonados sus pecados, muchos en número, porque ha amado mucho. Y a quien poco se perdona, poco ama. Y a ella dijo: "Perdonados te son los pecados"* (Luc., VII, 44, 48).

Por esta razón el demonio, como quien sabe bien que los que han cometido grandes pecados, cuando comienzan a arrepentirse lo hacen con mucha intensidad, como quienes conocen sus delitos, teme y tiembla no sean que den comienzo a la obra: porque una vez de comenzarla, ya no se pueden contener, e inflamados a manera de fuego por el arrepentimiento, vuelven sus almas más puras que el oro acrisolado, empujados al puerto de la virtud, cual por un viento impetuoso, por la conciencia y recuerdo de sus pasadas culpas. Y en esto se aventajan a los que jamás cayeron, en que tienen más animosa resolución, aunque solamente, como he dicho, hayan comenzado. Esto

es lo difícil y lo improbable, el poderse llegar a la entrada y vestíbulo de la penitencia, y lanzar a empujones y arrojar de allí al enemigo que fanfarronea y nos amenaza. Pero, esto hecho, ni él dará muestras de tanta insolencia, una vez derrotado y caído de allí donde se hacía fuerte, y, por otra parte, nosotros cobraremos más ánimos y recorreremos con gran facilidad este glorioso campo de combate.

XXV

Emprendamos, pues, ya la vuelta, corramos a la ciudad que está en los cielos, en la que estamos alistados, en la que se nos manda vivir. Que el desconfiar de nosotros mismos, no sólo nos acarrea el perjuicio de cerrarnos las puertas de aquella ciudad y de inducirnos a mayor dejadez y completo abandono, sino también el de infundirnos un furor satánico. Puesto que el mismo Satanás no por otro camino llegó a ser lo que es, sino por haber primeramente desesperado, y después caído de la desesperación en furor. Porque el espíritu, una vez que desconfía de su salvación, ya en adelante ni se da cuenta de los precipicios a que se arroja, resolviéndose a decir y hacer todo lo que sea contra su salvación. Y así como los locos furiosos, una vez perdido el estado de sanidad, de nada temen, de nada se avergüenzan, sino que intrépidos a todos se arrojan, aunque hayan de lanzarse a fuego, al mar, a un precipicio; así también los arrebatados de la locura de la desesperación son ya intolerables, corriendo por toda clase de maldad, y si no les sobreviene la muerte y les corta aquellas locura y arrebatos, se causan a sí mismos infinitos males.

Ruégote, por lo tanto, que antes de que te veas muy sumergido en esta embriaguez, vuelvas en tu acuerdo y despiertes, y arrojes de ti esa crápula satánica, y si no puedes de repente, a lo menos, con suavidad y poco a poco. A mí me parece cosa más fácil el que rompas de golpe todas las ataduras que te detienen, y vuelvas al ejercicio y escuela de la penitencia. Y si a ti te parece esto difícil, emprende como quieras el camino que lleva a la virtud, con tal que lo emprendas y logres la vida eterna. Sí, te lo ruego, y te lo suplico intensamente, por tu buena conducta pasada, por tu antigua confianza; que te vemos otra vez en la cumbre y en aquella misma perseverancia. Ten compasión de los que se escandalizan por tí, de los que caen, de los que se hacen más desiduosos, de los que se desalientan para el camino

de la virtud. Ahora siente sombría tristeza el coro de los hermanos que allí moran, y, en cambio, alegría y regocijo los concursos de los infieles y de los jóvenes más disipados. Pero si de nuevo volvieres al fervor de aquella vida, sucederá todo lo contrario, y nuestra vergüenza de ahora se pasará a toda a aquellos, mientras que nosotros viviremos en mucha confianza, viéndote a ti de nuevo con grande gloria coronado y pregonado vencedor. Porque mayores son la gloria y el placer que estas victorias producen. Pues no sólo recibirás el galardón de tus propias buenas obras, sino también el de la exhortación y consuelo que das a los otros, puesto delante de ellos, si acaso cayere alguien en los mismos pecados, como ejemplar excelente, para que de nuevo se levanten y repongan. No desprecies tanta ganancia, no conduzcas con tristeza al sepulcro nuestras vidas, antes danos que podamos respirar y lanzar de nosotros la niebla de tristeza que por tu causa nos agobia. Porque ahora, dejando a un lado nuestros males, lamentamos los tuyos; pero si quieres volver en ti y abrir los ojos, y ser contado en el ejército de los ángeles, nos librára de estos lamentos y quitarás la mayor parte de nuestros pecados. Y que sea posible que los que vuelven de nuevo por medio de la penitencia brillen con mucho resplandor y muchas veces más que los que no cayeron nunca, ya lo hemos demostrado, aun por la Sagrada Escritura. Así es, en efecto, cómo los publicanos y las pecadoras heredan el reino de los cielos; así es cómo muchos de los últimos son colocados entre los primeros.

XXVI

Pero voy a contarte también sucesos de nuestro tiempo, y de los que tu mismo podrás ser testigo. Conociste quizá a aquel joven Fénix, hijo de Urbano, que quedó huérfano desde niño, pero dueño de muchas riquezas, esclavos y campos. Este, habiéndose despedido de las aulas y museos, y despojándose de aquella su espléndida vestidura y de todo el fausto mundano, de repente, vistiéndose una ropa despreciable y habiéndose retirado a la soledad de los montes, dio muestras de grande virtud, no sólo conforme a su edad, sino como las pudiera dar un hombre grande y admirable. Después de esto, tenido por digno de ser iniciado en los sagrados misterios, adelantó mucha más en la virtud. Todos se alegraban y glorificaban a Dios, porque, educado en la opulencia y descendiendo de ilustres antepasados, siendo todavía muy joven, de repente, pisoteó toda la vana pompa de la vida y se

remontó a la cumbre de la verdadera gloria. Pero cuando se hallaba en ella, admirado de todos, unos hombres corrompidos, que por ley de parentesco cuidaban de él, le hicieron volver de nuevo a la antigua marejada. Y arrojando de sí todo aquello, bajó de nuevo desde los montes al medio de la plaza, y montado en un caballo y seguido de grande comitiva, recorría toda la ciudad, y ya ni siquiera quería volver en su acuerdo. Porque con el fuego de la abundancia de placeres hubo de dar en amores insensatos, y ya nadie había entre los que le rodeaban que no desconfiara de su salvación: tal era el enjambre de aduladores que le tenían cogido, a lo que se añadía la orfandad, la juventud y abundante riqueza. Y los que son fáciles en echarlo todo a la peor parte, acusaban a los que al principio le habían traído a este estado, diciendo que erró la vocación en las cosas espirituales, y además sería en adelante inútil para sus negocios, por haberse retirado antes de tiempo de los trabajos literarios y no poder ya sacar de ellos fruto alguno. Mientras así se hablaba y se seguía de ello grande oprobio, unos varones santos, que muchas veces habían deseado esta presa y aprendido muy bien por experiencia, que aun de semejantes hombres no deben desconfiar nada quienes estén armados de la esperanza en Dios, estando continuamente a la mira por si le veían aparecer en la calle, se adelantaban a él y le saludaban. Al principio él les hablaba de medio lado desde lo alto del caballo, mientras ellos le iban siguiendo. ¡Tanta era en los comienzos su desvergüenza! Pero aquellos varones, con entrañas de misericordia y amor, con nada de esto se daban por afrentados, y sólo tenían puesta la mira en sacar al cordero de entre los lobos: y lo lograron por su paciencia. En efecto: al fin, volviendo él en sí mismo como de cierta demencia y avergonzado de la mucha solicitud de ellos, si alguna vez los veía desde lejos venir hacia sí, al momento saltaba del caballo, y con los ojos bajos y en silencio escuchaba todo lo que le decían, y cuanto más adelante, tanto más muestras les daba de reverencia y honor. Y así, poco a poco, habiéndole sacado por la gracia de Dios de todas aquellas redes, le volvieron de nuevo a su primera soledad y vida de virtud. Y tanto ha llegado a resplandecer ahora, que su primera vida, comparada con la que ahora tiene después de haber caído, no parece nada. Porque habiendo comprendido muy bien por la experiencia lo que es el deleite, empleó toda su riqueza con los pobres, y librándose de todos los cuidados de ellas, cortó toda ocasión a los seductores; y caminando ahora por el camino del cielo, ha avanzado ya hasta el término de la virtud.

Pero al fin, éste cayó y se levantó cuando todavía era joven; otro, en cambio, después de muchos sudores que sufrió viviendo en las soledades, teniendo sólo un compañero y viviendo una vida angélica, y próximo ya a la vejez, no se cómo, por astucia de Satanás y porque, descuidando un poco el velar sobre sí, dio ocasión al malvado enemigo, cayó en concupiscencia de carne, siendo así que no había visto nunca un mujer desde que se retiró a la vida solitaria. Al principio pedía a su compañero le trajera carne y vino, amenazándole que si no lo hacía, bajaría él a la plaza. Y esto no tanto lo decía por el deseo de comer carne, sino por tener alguna ocasión y excusa de bajar a la ciudad. Con esto, el otro, dudando y temiendo al mismo tiempo no fuera que, si se lo negaba, le incitase a un mal grave, satisfizo cumplidamente a su deseo. Pero cuando vio aquel que su astuto plan había fallado, desvergonzóse abiertamente y arrojó la máscara, diciendo que de todas maneras le era preciso bajar él mismo a la ciudad. No pudiendo el compañero lograr impedirselo, al fin le dejó, y siguiéndole de lejos, le observaba, por ver qué pretendía con aquella salida. Y habiéndole visto entrar en una casa pública, y cerciorado de que había estado con una ramera, le esperó; y cuando, después de haber satisfecho su apetito irracional, volvió otra vez, le recibió con los brazos abiertos, y abrazándole y besándole con ardiente amor, sin reprenderle nada por lo hecho, solamente le exhortaba a que, ya que había cumplido su apetito, volviera a la habitación de la soledad. El entonces, avergonzado por la grande benignidad de su compañero, sintióse súbitamente herido en el alma, y compungido por su osadía, siguióle en dirección al monte; y una vez allí, le ruega que le encierre en otra celdilla, y cerradas las puertas de su habitación, le diera en ciertos días pan y agua, y a quienes preguntaran por él rogábale que respondiera que había reposado. Así diciendo y persuadiendo a su amigo, encerróse a sí mismo, y vivía allí continuamente limpiando el pecado, que manchaba su alma, con ayunos, oraciones y lágrimas. Pero habiendo transcurrido no mucho tiempo, sucediéndose una sequía en la región vecina y lamentándose todos los habitantes de ella, hubo uno que en sueños fue mandado acudir a aquel hombre encerrado, y suplicarle que hiciera oración y quitara la sequía. Dirígese allá, tomando compañeros, y encuentra allí solamente al que vivía con él: preguntándole por el otro y oyen que había muerto. Creyéndose engañados,

vuélvense a la oración, y de nuevo, por medio de la misma visión, oyeron lo mismo que antes. Entonces, rodeando al que realmente los había engañado, suplicábanle que les mostrara a aquel varón, porque le decían que no era muerto, sino vivo. Habiendo él oído estas cosas y viendo deshacerse el pacto, los conduce adonde estaba aquel santo, y derribando la pared (porque había obstruido toda entrada), penetraron todos, y arrojados a sus pies y anunciándole lo sucedido, le suplicaban que alejara el hambre ⁴. El al principio se resistía, diciendo que estaba lejos de tener tal entrada con Dios, porque tenía siempre el pecado delante de los ojos, cual si recientemente lo hubiera cometido; pero cuando le narraron todo cuanto les había acontecido, entonces le persuadieron a hacer oración; y hecha oración, hizo desaparecer la sequía.

XXVIII

Por lo que hace a aquel joven que primero fue discípulo de San Juan, el hijo de Zebedeo, y después fue por mucho tiempo cabecilla de salteadores, y de nuevo fue presa de las santas manos del bienaventurado Apóstol, y que salido de las cuevas y escondrijos de ladrones volvió a su primera virtud, tampoco tú ignoras la historia, antes la sabes toda por menudo no menos que yo; y a ti mismo te oí muchas veces admirarte de la gran benignidad del Apóstol, ya en lo demás, ya singularmente en que, abrazando al joven, besó aquella mano teñida antes en sangre, y de este modo le redujo a su primer estado ⁵.

Y el bienaventurado San Pablo a Onésimo el inútil, el fugitivo, el ladrón, a Onésimo, digo, no sólo le abraza él, después de verle convertido, sino que ruega también a su señor que, pues se había arrepentido, le hiciera el mismo honor que al maestro, diciendo así: *Te suplico por mi hijo Onésimo, a quien engendré en la cárcel, el cual un tiempo te fue inútil, pero ahora es útil para ti y para mí, y te le he remitido; y tú recíbele a él, es decir, a mis entrañas. Quería yo detenerle conmigo, para que por ti me sirviera en mi prisión por el Evangelio; pero sin tu consentimiento nada quise hacer, para que no sean tus obras buenas como por fuerza, sino por voluntad. Y es que quizá con razón se apartó de ti por algún tiempo, para que le tengas contigo para siempre, no ya como a esclavo, sino sobre esclavo hermano carísimo, principalmente para mí; ¿y cuánto más para ti, en carne y en el Señor? Si pues, me tienes por amigo, recíbele como a mí*

(Philem., X, 18). Y escribiendo a los corintios el mismo, decía: *No sea que cuando llegare, llore a muchos de los que antes pecaron y no se arrepintieron* (2 Cor., XIII, 2). ¿Ves a quiénes llora y a quiénes no perdona? No a los que pecaron, sino a los que no se arrepintieron, y no sin más a los que no se arrepintieron, sino a los que, exhortados a ello una y dos veces, no quisieron persuadirse. Porque aquello de: *Os lo denuncié y os lo denuncio, cual si estuviera presente, y por segunda vez y ausente os escribo*, no da a entender otra cosa sino lo que también nosotros hemos de temer no nos suceda ahora. Porque, si no está presente Pablo, que entonces amenazaba a los corintios, pero está presente Cristo, que también entonces hablaba por medio de él; y si perseveráremos contumaces, no nos perdonará, sino que nos herirá con terrible herida en esta vida y en la venidera. *Adelantémonos, pues, a aplacar su rostro en confesión* (Ps. XCIV, 2), derramemos delante de El nuestros corazones. *Pecaste*, dice la Escritura; *no añadas todavía más, y suplica por los pecados anteriores* (Eccli., XXI, 1); y de nuevo: *El justo es acusador de sí mismo al comenzar a hablar* (Prov., XVIII, 17). No aguardemos, pues, al acusador, sino adelantémonos a arrebatarle el oficio, y volvemos así más benigno al juez por el reconocimiento de la culpa. De ti ya se bien que confiesas tus pecados y te llamas infeliz más de lo justo; pero no me contento con eso, sino deseo persuadirte que esto te puede justificar. Porque mientras no hagas valer esa confesión, aunque te culpes, no podrás librarte de los pecados venideros. Puesto que no habrá quien haga nada con buen ánimo y con el debido cuidado, si antes no se hubiere persuadido que lo hace con provecho. Así el que siembra, después de esparciar la semilla, si no espera la mies, nunca la recogerá. Porque, quién querría cansarse en vano, no ganando ningún bien después de la fatiga? Pues de la misma manera, el que siembra palabras y lágrimas y confesión, si no lo hace con buena esperanza, no podrá alejarse de los pecados, detenido todavía por la tristeza de la desesperación; sino que así como aquel labrador que desconfía de la producción de los frutos no evitará ninguna de las cosas nocivas a las semillas, así también el que siembra la confesión por medio de las lágrimas y no espera de ellas ganancia alguna, no podrá ni aun remover las cosas que destruyen la penitencia. Y destruya la penitencia el detenerse de nuevo en los mismos pecados. Porque, como dice la Escritura, *uno edificando y otro destruyendo, ¿qué ganan sino trabajo? El que se lava por haber tocado a un muerto y le vuelve a tocar, ¿qué aprove-*

cha con haberse lavado? (Eccli., XXXIV, 30). Así el hombre que ayuna de sus pecados y de nuevo prosigue en ellos y comete los mismos de antes, ¿quién oírás sus oraciones? Y en otra parte dice: *Al que se vuelve de la justicia al pecado, el Señor le dispondrá para la espada* (Eccli., XXVI, 27). Y aquello de: *Como perro que vuelve a su vómito y se hace revulsivo, así el necio que en su maldad vuelve a su pecado* (Prov., XXVI, 11).

No anuncies, pues, tu pecado solamente como acusador de ti mismo, sin también como quien debe justificarse por la manera de hacer penitencia; ya que así podrás también causar vergüenza en el alma que confiesa las culpas, para que no reincida en las mismas. Porque eso de condenarse mucho a sí propios y llamarse pecadores, es común, si decir se puede, también en los infieles. Muchos, en efecto, aun de los hombres y mujeres del teatro, que se dan cuenta de su oprobio, se llaman a sí mismos infelices, pero no con el fin que debieran. Por lo cual a esto ni el nombre de confesión daría yo; pues no publican sus pecados compungiendo por ellos, ni llorándolos amargamente, ni convirtiéndose, sino que aun esto lo hacen unos por conquistarse honra de parte de los oyentes por la sinceridad de sus palabras —que no aparece la misma la gravedad de los pecados cuando los anuncia otro, como cuando los dice el mismo que los cometió—; otros, caídos en insensibilidad en fuerza de su desesperación, y despreciando toda honra antes los hombres, sacan a plaza con gran desvergüenza sus propios pecados, como si fueran ajenos.

XXIX

Pero no quiero yo que seas como ninguno de éstos, ni que vengas a confesar la culpa por fuerza de la desesperación, sino con buena esperanza, y que, cortada toda raíz de desesperación, te esfuerces en todo lo contrario. ¿Y cuál es la raíz y madre de la desesperación? La pereza: aunque más bien no sólo merece el nombre de raíz, sino también el de madre y nodriza. Porque así como en la lana sucede que la corrupción engendra polilla, y la polilla aumenta a su vez la corrupción; así también aquí la pereza cría desconfianza, y con la desconfianza a su vez se alimenta la pereza, y proporcionándose mutuamente esta fuerza maldita, adquieren no pequeño vigor. Así es que si llega uno a cortar y destruir una de ellas, podrá por lo mismo vencer fácilmente también a la otra. Porque ni caerá jamás en desesperación el

que no es desidioso, ni al revés, quien se alimenta con buenas esperanzas y no desconfía de si podrá caer en desidia.

Desunce, pues, esta pareja y quebrántales el yugo, que son sus diversos y pesados pensamientos, porque en realidad no es de una especie el pensamiento que los une, sino de muchas y muy diferentes. ¿Y cuál es? Acontece que uno, arrepentido, haga muchas y muy buenas obras, y con el entretanto cometa de nuevo un pecado que contrarestes a aquellas buenas obras; y es cosa ésta suficiente para inducir a desesperación, como quien ve destruido lo que edifica, y que lo que antes hizo fue trabajo perdido. Pero conviene entonces reflexionar y rechazar semejante pensamiento; que si nos hubiéramos adelantado a deponer la medida de buenas obras que contrapese a los pecados hechos después de ellas, nada hubiera impedido que fuéramos completamente oprimidos. Pero ahora, a manera de fuerte coraza, no permitió a la saeta aguda y acerba contemplar su obra, sino que, partiéndose ella, libró al cuerpo de grave peligro. Porque el que sale para la otra vida con muchas obras buenas y malas, tendrá algún consuelo en aquellos suplicios y tormentos; pero el que esté falto de buenas obras y sólo las lleve malas, ni aun decir se puede lo que ha de experimentar, relegado al suplicio inmortal. Porque allí se han de contraponer las obras malas y las no tales; y si éstas inclinan la balanza, darán no poco alivio a quien las hizo, ni tendrá tanta fuerza la malicia de las malas obras que le puedan arrastrar de su primer puesto; pero si prevalecen aquellas, le arrastran al fuego del infierno, por no ser tal la muchedumbre de buenas obras que puedan resistir a aquel empuje violento. Y esta no es cosa sugerida sólo por nuestra razón, sino también por las divinas Escrituras; porque dicen así: *Retribuirá a cada uno según sus obras* (Rom., II, 6).

Y no sólo en el infierno, sino también en el reino de los cielos hay grandes diferencias. Porque: *En la casa de mi Padre* (dice Jesucristo) *hay muchas mansiones* (Joann., XIV, 2); y *Una es la gloria del sol, y otra la de la luna* (1 Cor., XV, 41). ¿Y qué de extrañar tiene que hiciera tan exacta distinción, si dice que allí hay diferencia de una estrella a otra?

XXX

Ya, pues, que todo esto sabemos, no desistamos jamás de obrar el bien, ni nos rindamos al cansancio, ni tampoco, porque no podamos

llegar al resplandor del sol y de la luna, despreciamos el de las estrellas. Porque con tal que a lo menos tengamos esta virtud, podremos estar en el cielo. Aunque no seamos oro, aunque no seamos piedra preciosa, por lo menos en calidad de plata permaneceremos en el cimiento; solamente que no volvamos otra vez a ser aquella materia que consume el fuego, ni, ya que no podamos hacer lo grande, dejemos lo pequeño; que esta es rematada necedad, en que ¡ojalá nunca incurramos! Porque así como la riqueza temporal se aumenta con que los amadores de ella no desperdicien ni las más insignificantes ganancias, de la misma manera crece también la espiritual. Y, cierto, necedad es que, mientras el juez no deja de dar el premio, ni aun por un vaso de agua, nosotros, si no son muy grandes la sobras, no hagamos caso de las pequeñas. Porque el que no desprecia las cosas menores, será muy diligente también en las mayores, y el que éstas desprecia, llegará, por fin, a dejar también aquellas; y para que esto no tenga lugar, prometió Cristo grandes premios aun a las cosas pequeñas. ¿Qué cosa más fácil que visitar a los enfermos? Y, sin embargo, aun por esto da grande retribución.

Emprende, pues, la vida sempiterna; regocíjate en el Señor y suplícale; recibe de nuevo el yugo suave, pon el hombro a la carga ligera, pon un término digno del comienzo; no dejes, no, que se te echen a perder tantas riquezas. Si persistes en irritar a Dios con lo que haces, a ti mismo te pierdes; pero si antes de que llegue a ser mucho el daño y se te inunde el campo labrantío obstruyes los canales de la maldad, podrás recobrar lo ya perdido y añadir todavía nueva y muy considerable ganancia.

Considera todo esto y sacude el polvo, levántate de la tierra, y serás terrible a tu adversario; porque él te derribó con la esperanza de que no te habías ya de levantar; pero si de nuevo te viere alzar las manos contra sí, herido de estupor con lo imprevisto de tu actitud, será más débil para suplantarte de nuevo, y tú, en cambio, estarás mejor asegurado para no recibir ya nunca semejante herida. Puesto que si las calamidades ajenas son aptas para amaestrarnos, mucho más las que hemos sufrido nosotros mismos. Esto espero yo ver en ti, y que de nuevo, con el auxilio de Dios, has de resplandecer más que antes, y dar muestras de tal virtud, que en la otra vida puedas patrocinar también a otros. Solamente que no desesperes ni decaigas de ánimo, porque no he de dejar de repetirte esto en toda conversación y dondequiera que te vea, y aun por medio de otros; y si esto me oyeres, no te serán necesarios ya otros remedios.

DISCURSO 2

I

Si pudieran por medio de los escritos manifestarse las lágrimas y gemidos, llena de ellos te hubiera enviado esta carta. Y lloro, no porque tienes la solicitud de los negocios de tu padre, sino porque te borraste del catálogo de los hermanos, porque pisoteaste los pactos hechos con Jesucristo. Esto es lo que me horroriza, esta lo que me da dolor, esto lo que hace temer y temblar, sabiendo que el no cumplir tales pactos acarreará gran condenación a los que se alistaron en esta

preclara milicia y por negligencia desertaron de sus filas. Y que el suplicio de los tales ha de ser más grave, es cosa manifiesta. Porque claro está que a un particular nadie acusará jamás de desertión; pero si el que una vez fue militar fuera cogido como desertor, peligro corre de la vida.

No está el mal, querido Teodoro, en caer en la lucha, sino en durar en la caída; ni es cosa grave el ser herido en la guerra, sino el desesperar después de la herida, y no hacer caso de ella. Ningún comerciante desistió de navegar por haber naufragado y perdido la mercancía, sino que de nuevo atraviesa las olas y extensos piélagos y recobra su primera riqueza. Vemos también atletas que después de muchas caídas llegan a ser coronados; y aun soldados hay muchas veces, que después de haber huído, al fin se mostraron valientes y derrotaron a los enemigos. Y aun muchos de los que por la violencia de los tormentos negaron a Cristo, reanudaron después el combate y salieron de él ceñidos de la corona del martirio. Ahora bien, si cada uno de ellos, recibido el primer golpe, se hubiera desalentado, jamás hubiera gozado de los bienes que luego obtuvo. Así también ahora, mi amado Teodoro, no porque el enemigo te ha hecho retirar un poco de tu puesto, te lances ya por eso al derrumbadero, sino afianza el pie en tierra con valor y vuélvete con presteza al punto de donde saliste, ni tengas por ignominia que la herida te dure poco tiempo ⁶. Que tampoco a un soldado le habrías de insultar si le vieras volver herido de la guerra: la ignominia está en arrojar las armas y huir lejos de los enemigos; pero mientras persista uno en la lucha, aunque sea herido y retroceda un tanto, nadie será tan cruel e inexperto en los azares de la guerra, que se lo vaya a echar en cara. De los que no combaten es el no ser heridos; pero los que con mucha valentía se arrojan sobre los enemigos, tal vez son heridos y vienen a tierra; lo que, en efecto, ha sucedido contigo, que tratando de matar con brío a la serpiente, has sido mordido de ella. Pero ¡ánimo! Un poco de vigilancia, y ni rastro quedará de la herida; antes bien con la gracia de Dios quebrantarás la cabeza misma del malvado: no te turbes tampoco el haber sido impedido tan pronto y en los mismos comienzos. Vio, vio pronto aquel malvado la virtud de tu alma, y conjeturó, por muchos indicios, que había de adquirir pujanza su valeroso enemigo; porque quien al principio empleaba contra él tal y tan resuelto empuje, temió que fácilmente le había de derrotar. Por esta razón se dio prisa, anduvo alerta, levantóse con todo ímpetu contra ti, aunque más bien contra sí mis-

mo, si quieres resistirle con valor. En efecto, ¿quién no admiró tu pronta, sincera y fervorosa conversión al bien? Habías despreciado todo el placer de los manjares, tenido en poco el lujo de los vestidos, pisoteado todo fausto, convertido todo afán de la sabiduría terrena en coloquios divinos; días enteros consumías en la lección espiritual y noches enteras en la oración: no mentabas para nada la nobleza de tus padres, ni te acordabas de la riqueza; antes tenía por superior a toda nobleza el abrazar las rodillas de los hermanos y derribarte a sus pies. Eso era lo que afligía al malvado enemigo, esto lo que le excitó a trabar una lucha más reñida; pero no te hizo herida mortal. Si te hubiera derribado después de mucho tiempo de prolongado ayunar, de dormir en el suelo y de los demás ejercicios, aun entonces no habría por qué desesperar, aunque pudiera decirse que era grande la pérdida, por ser la derrota después de muchos sudores, trabajos y victorias; pero como te suplantó cuando te aprestabas a luchar contra él, no logró otra cosa que infundirte más brío para el combate. Porque se lanzó contra ti el fiero pirata, no ya cuando volvías de la negociación, ni cuando traías la nave cargada de mercancías, sino precisamente cuando acababas de hacerte a la mar. Y así como si uno quisiera matar a un generoso león y no hiciera más que raele la piel, ningún daño lograría hacerle, sino más bien irritarle contra sí y hacerle para en adelante más cauto y difícil de ser cogido; así también el común enemigo de todos, queriendo causarte una herida profunda, erró el golpe y no logró sino hacerte más despierto y vigilante para lo sucesivo.

II

Deleznable es la humana naturaleza, pronta para dejarse suplantar, pero pronta a su vez para salir del engaño; y así como presto cae, así también presto se levanta.

Es así, en efecto; y por eso aquel bienaventurado y santo David, aquel Rey escogido y Profeta, después de haber hecho muchas buenas obras, no se olvidó que era hombre, y se dejó llevar del amor de una mujer ajena, y todavía no paró aquí, sino que por la concupiscencia consumó el adulterio, y por el adulterio el homicidio. Mas no por haberse causado a sí mismo estas dos heridas tan graves, quiso causarse ya otra tercera, sino que al punto corrió en busca del médico, y

aplicóse medicinas: ayuno, lágrimas, lamentos, oraciones continuas, la repetida confesión de su pecado; y de esta manera y por estos medios hizo a Dios propicio, hasta el punto de volver a su primera dignidad, hasta el punto de que, aun después del adulterio y homicidio, la memoria del padre pudo cubrir la idolatría del hijo. Porque su hijo, por nombre Salomón, se dejó caer en el mismo lazo que el padre, y por agradar a unas mujeres se apartó del Dios de sus padres.— ¿Ves qué mal tan grave es el no reprimir el deleite, sino perturbar el principado de la naturaleza, de suerte que el que es de hombre sea esclavo de su mujer?— Pues a este mismo Salomón, justo antes y sabio, y en peligro ahora de perder el reino por el pecado, permitió Dios, en atención a la honra de su padre, conservar la sexta parte del reino.

III

Si se dirigieron tus conatos a obtener la elocuencia profana, y después hubieras desistido por negligencia, yo te exhortaría a volver a los trabajos de antes, trayéndote a la memoria el foro, los tribunales, las coronas y los triunfos y la libertad de hablar; pero como corremos tras las cosas del cielo y no hacemos ningún caso de las de la tierra, te traigo a la memoria otro tribunal y juicio terrible y espantoso: *Porque todos nosotros es preciso que comparezcamos ante el tribunal de Cristo* (2 Cor., V, 10). Y entonces se sentará como Juez el que ahora es despreciado por tí. Y entonces, respóndeme, ¿qué diremos? ¿Cómo nos defenderemos, si permanecemos en la maldad? Ea, ¿qué diremos? ¿Nos excusaremos con los cuidados de los negocios? Pero ya El se adelantó a decirnos: *¿Qué aprovechará al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?* (Matth., XVI, 26). ¿Diremos que fuimos engañados por otros? Pero tampoco a Adán le valió nada el excusarse con su mujer y decir: *La mujer que me diste por compañera fue la que me engañó* (Gen., III, 12); ni tampoco a la mujer el excusarse con la serpiente. Terrible es, querido Teodoro, aquel tribunal, que no necesita de acusadores, no espera testigos; ya que todo está desnudo y descubierto a la vista de aquel Juez, y es necesario darle cuenta, no sólo de las obras, sino también de los pensamientos; porque aquel Juez es escudriñador de pensamientos y deseos del corazón.— Pero te defenderás acaso con la debilidad de la naturaleza y con no poder sobrellevar el yugo. ¿Y qué defensa es el no poder llevar el yugo

suave, el no poder cargar el peso leve? ¿Es acaso grave y pesado el descanso de los trabajos? Pues a esto es a lo que nos llama Cristo, cuando dice: *Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os aliviaré: tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí; porque soy manso y humilde de corazón; pues mi yugo es suave y mi carga ligera* (Matth., XI, 28). ¿Qué más suave, en efecto, que el librarse de los cuidados, negocios, temores y trabajos, salirse fuera del oleaje de la vida y vivir en un puerto tranquilo?

¿Cuál de las cosas del mundo te parece más venturosa y envidiable? Dirás, sin duda, que el mando y la riqueza y la estimación de los hombres. ¿Y qué hay más miserable que estas cosas, si se las compara con la libertad de los cristianos? Porque el príncipe está expuesto al furor de los pueblos, y a las acometidas irracionales de la muchedumbre, y al temor de príncipes superiores, y a los cuidados que le dan los súbditos, y quien ayer era príncipe, es hoy un privado; porque esta vida no se diferencia en nada de una comedia, sino que así como en una comedia este hace el papel de rey, aquel el de capitán, otro el de soldado, y en sobreviniendo la noche, ni el rey es rey, ni capitán el capitán, ni soldado el soldado, así también en aquel día cada uno recibirá el merecido galardón, no por la máscara que llevó sino por las obras que hizo. ¿Pero será estimable la gloria, que cae como flor de heno? ¿Pero lo serán las riquezas, cuyos poseedores son llamados miserables? ¡Ay de los ricos!, dice la Escritura (Luc., VI, 24); y otra vez: ¡Ay de los que confían en su poder y se glorían de la abundancia de su riqueza! (Ps., XLVIII, 6).

El cristiano nunca de príncipes se hace privado, ni de rico pobre, ni de noble innoble; sino que permanece rico cuando mendiga, y se eleva cuando trabaja por humillarse, y del imperio que tiene, no sobre los hombres, sino sobre los príncipes, que están bajo el poder del príncipe de este mundo y de las tinieblas, nadie le puede despojar.

IV

Legítimo es el matrimonio; lo confieso de grado. *Digno de honor*, dice la Escritura, *es el matrimonio y el lecho inmaculado: y a los fornicarios y adúlteros Dios los juzgará*. Pero a ti no te es permitido guardar las santas leyes del matrimonio. Porque eso de que uno que estaba enlazado con el Esposo celestial, le deje a el y se allegue a una mujer, es en realidad adulterio, por más que infinitas veces lo llares

matrimonio; más aún, es tanto más grave que el adulterio, cuanto Dios es mejor que los hombres. Nadie te engañe, diciendo: “Dios no prohibió el casarse”. Y lo se también yo: no prohibió el casarse, pero prohibió el adulterar, que es lo que tú quieres hacer. ¡No permita Dios que nunca contraigas matrimonio! ¿Y por qué te extrañas que el matrimonio se repunte como adulterio, cuando es postergado Dios? El homicidio se tuvo por justicia, y la benignidad fue condenado por peor que el homicidio, cuando el homicidio se hizo según la mente de Dios, y la benignidad se empleó contra su voluntad divina al rey de los alienígenas, a quien debiera matar. Si pues la benignidad condenó más que el homicidio, por haber desobedecido a Dios, ¿qué extraño que el matrimonio condene más que el adulterio., por haber postergado a Cristo? Porque, como al principio decía, nadie, si fueras un simple particular; te acusaría de desertor de la milicia; pero ahora ya no eres dueño de ti mismo, militando a las órdenes de tal Rey. Si la mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el hombre, ¡cuánto más los que viven en Cristo no han de ser dueños de sus propios cuerpos! El que ahora es despreciado es el mismo que entonces juzga; piensa en El siempre, y en el río de fuego: *Un río de fuego*, dice (la Escritura), *se arrastraba delante de su rostro* (Dan., VII, 10); y no hay esperar fin del suplicio para quien sea por El entregado al fuego. Antes bien, mientras los necios placeres de esta vida en nada se diferencian de las sombras y sueños, porque ya antes de que se consume la obra del pecado se extingue el deleite, los suplicios que por ellos se dan no tienen término alguno. La dulzura brevísima, y el tormento sempiterno.

¿Qué cosa hay en el mundo que sea estable?, dime. ¿La riqueza, que muchas veces no dura ni aun hasta la tarde? Pues entonces, ¿será la gloria? Mas oye a un justo, que dice: *Mi vida es más veloz que un correo*. (Job., IX, 25). Porque así como éstos no bien asienten el pie corren, así ésta, no bien llegada, vuela. Nada hay más precioso que el alma; y esto ni los que han llegado al extremo de la necesidad lo ignoran. Sí: *nada hay comparable con el alma*, dijo uno de los poetas profanos. Ya se que te has vuelto mucho más débil para el combate con el adversario; ya se que te hallas en medio de la llama de los deleites; pero si dijeres al adversario: “No sirvo a tus deleites, y no rindo adoración a la raíz de todos tus males”, si dirigieres al cielo la mirada, aun ahora sacudirás todavía la llamas el Salvador y abrasará a los que a ti te lanzaron al fuego, y en medio del horno te enviará una nube y rocío y viento sibilante, de suerte que el fuego no toque ni aun

a tus pensamientos y conciencia. Solamente ten cuidado de no quemarte a ti mismo. Que muchas veces no lograron ni las armas ni las máquinas de fuera derribar las ciudades fortificadas, y las entregó a los enemigos, sin trabajo, la traición de uno o dos de los ciudadanos de dentro. Y si a ti ahora no te hiciera traición ninguno de los pensamientos de tu interior, por innumerables máquinas exteriores que aplique el maligno enemigo, las aplicará en vano.

V

Tienes por la gracia de Dios muchos y grandes varones que se compadecen de ti, que te exhortan, que tiemblan por la suerte de tu alma, como son, el hombre de Dios y santo Valerio, su hermano en todo Florencio, Porfirio, sabio en la sabiduría de Cristo, y otros muchos. Todos ellos lloran cada día y no cesan de rogar: y ya hace tiempo hubieran conseguido lo que deseaban, si te hubieras querido sustraer siquiera un poquito de las manos de tu adversario. Pues bien: ¿cómo no ha de ser insensatez que otros ni aun ahora desconfíen de tu salvación, antes hagan súplicas continuamente para recobrar a su miembro, y que tu, en cambio, una vez caído, ya no quieras levantarte, sino que estés postrado, y poco menos que diciendo a voces al enemigo: “Mátame, hiéreme, no me perdonen”? *¿Por ventura el que cae no se levanta?*, dice el oráculo divino (Jer., VIII, 4). Pero tú le resistes y contradices: porque el desesperar caído no es otra cosa que decir que el que cae no se levanta. No te dañes, te lo suplico, no te dañes en tanto grado a ti mismo; no nos infundas a nosotros tanta tristeza. No digo ya ahora, cuando todavía no tienes veinte años, sino que aun cuando tuvieras mucho más, y después de haber pasado toda la vida en Cristo, hubieras en la extrema vejez padecido esta desgracia, ni aun entonces sería bien desconfiar, sino traer a la memoria el ladrón que se justificó en la cruz, y a los que trabajaron hacia la hora undécima y recibieron la paga de todo el día.

VI

Pero así como no está bien que los que han llegado al término de la vida desesperen, si vuelven en su acuerdo, así tampoco es seguro

estribar en esta esperanza y decir: Aquí en el entretanto disfrutaré de las delicias del mundo, y allá al fin, con trabajar un poco de tiempo, recibiré el galardón de toda la vida. Porque bien me acuerdo que muchas veces dijiste cuando te exhortaban a acudir a los museos: “¿Y qué, si en breve tiempo termino mal la vida? ¿Cómo me presentaré ante Aquel que dijo: *No tardes en convertirte al Señor, ni des largas de día en día* (Eccli., V, 8)?” Recuerda este pensamiento, y teme al ladrón, que así llama Cristo a nuestra salida de este mundo, porque sobreviene cuando no se piensa. Considera las zozobras de esta vida, ya particulares, ya comunes a todos, los temores de los que mandan, la envidia de los ciudadanos, los peligros inminentes muchas veces de la vida, los trabajos, las miserias, las adulaciones serviles, y aun indignas de los mismos siervos honrados, y en fin, el terminarse aquí el fruto de los trabajos, ¿qué mayor miseria que ésta? Y muchos ni aun siquiera lograron gozar de lo que trabajaron, sino que, gastando la primera edad en trabajos y peligros, cuando esperaron recibir la paga murieron, no llevando nada consigo. Y si al emperador terreno apenas se atreve uno a mirar con confianza, después de haber pasado muchos peligros y llevado a cabo muchas guerras, ¿cómo podría nadie mirar al Emperador del cielo, habiendo vivido y militado toda la vida para otro?

¿Quieres que te hable de las solicitudes domésticas, de la mujer, de los hijos, de los criados? duro es el casarse con mujer más pobre; duro el hacerlo con una más rica; porque lo primero daña a la hacienda, lo segundo a la autoridad y libertad del varón. Molesto es el tener hijos, y el no tenerlos más molesto: porque lo segundo es haberse casado sin fruto, y lo primero sufrir amarga servidumbre. Que está enfermo el niño; temor no leve: que murió prematuramente; dolor inconsolable: y en cada edad de los hijos diferentes cuidados y temores y trabajos en abundancia. Y ¿qué decir de la perversidad de los criados? ¿Es esto vivir, Teodoro, dividirse el alma en tantas partes, servir a tantos, vivir para tantos, y nunca para sí? Nada de esto hay entre nosotros, querido amigo, y apelo a tu mismo testimonio. Porque cuando por aquel breve espacio de tiempo quisiste salir de las olas, ya sabes de cuánta alegría y regocijo disfrutabas.

En efecto: no es libre sino solamente el que vive para Cristo: éste se levanta sobre todas las calamidades, y si él no quiere hacerse daño a sí propio, jamás otro podrá hacérselo, sino que es invencible. No le atormenta la pérdida de las riquezas, porque aprendió de una vez que

nada trajimos a este mundo y nada podremos llevar de él; no le cautiva el deseo y amor de la honra, porque aprendió que en el cielo está nuestra *conversación*, no le entristece nadie con las afrentas ni le irrita con los golpes; la única desgracia del cristiano es el ofender a Dios;’ todo lo demás, como la pérdida de la hacienda, la privación de la patria, el peligro de la vida, ni aun siquiera lo tiene por mal, y lo que a todos da horror, el salir de esta vida para la otra, es para el más dulce que el vivir. Porque, como quien ha subido a la punta de un escollo y contempla el mar y ve a los que en él navegan, unos sumergiéndose en las olas, otros estrellándose contra los bajíos, los de más allá esforzándose por llegar a una parte, pero arrastrados a otra, como encadenados por el empuje del viento, quiénes zozobrando hundidos entre las olas, quiénes valiéndose solamente de las manos por toda nave y timón, éstos llevados por una tabla o en uno de los pedazos de la nave, aquellos sobrenadando muertos, y en fin, una desgracia de muchas variedades y aspectos: no de otra suerte el que milita en las filas de Cristo, salido de la turbación y oleadas de la vida, está sentado en lugar elevado y seguro. En efecto: ¿qué más seguro ni más alto que no tener más que una solicitud, la de *cómo se ha de agradar a Dios?* (1 Thess., IV, 1). Viste ya, Teodoro, los naufragios de los que navegan este mar. Por lo cual huye, te ruego, huye del piélago, huye de las olas, acógete a un punto elevado, donde no puedas ser sorprendido: hay resurrección, hay juicio, tremendo tribunal nos espera salidos de esta vida: *Todos es preciso que comparezcamos en el tribunal de Cristo* (2 Cor., V, 10). No en vano se nos amenaza el infierno, no en vano están preparados tan grandes bienes. Sombra, y más nada que sombra son las cosas de la vida, llenas de muchos temores, de muchos peligros, de extrema servidumbre. No pierdas al mismo tiempo esta vida y la futura, pudiendo ganarlas ambas si quisieres. Y que ganan también esta vida los que viven en Cristo, nos lo enseña Pablo, diciendo: *Mas yo os perdono* (1 Cor., VII, 28). Y de nuevo: *Y esto lo digo para vuestra utilidad* (Ib., v. 35). ¿Ves cómo también en esta vida es superior al hombre casado el que sólo se ocupa en las cosas de Dios?

Salidos de esta vida no hay lugar a penitencia: ningún atleta, salido del estadio y terminado el espectáculo, puede luchar. Piensa siempre en esto, y rompe la afilada espada del maligno enemigo, con la que a muchos quita la vida. Y esta no es sino la desesperación, que a los derribados corta la esperanza. Terrible es esta arma del enemigo,

y a los que cautivó no los detiene de otra suerte sino atándolos con esta cadena, la cual, si queremos, con la gracia de Dios pronto la podremos quebrantar.

VII

Ya se que ha excedido los límites de una carta; pero perdóname, porque no lo he hecho espontáneamente, sino obligado por el amor y la tristeza, que es lo que me ha forzado a escribir esta carta, a pesar de que me lo impedían muchos. “Cesa ya de trabajar en vano y de sembrar entre piedras”, me decían. Mas yo a ninguno presté oído. “Esperanza hay, me decía a mi mismo, que si Dios quiere, lograrán algo mis letras; pero si sucediere lo que pido a Dios no suceda, por lo menos ganaré que no se me pueda echar en cara el silencio, y no será de peor condición que los marineros, los cuales, cuando ven a otros de su mismo oficio, llevados en una tabla, rota la nave por los vientos y las olas, amainan las velas, echan el áncora, suben a una chalupa y se esfuerzan en salvar a aquellos desconocidos, a quienes sólo conocen por la presente desgracia. Y si ellos no quisieron salvarse, nadie podrá echar en cara su pérdida a los que trataron de salvarlos.

Esto es lo que a mí me toca; y creo también que por la gracia de Dios no faltará lo que está de tu parte, y te veremos de nuevo florecer en el rebaño de Cristo. ¡Ojalá pronto, querido amigo, por las oraciones de los Santos, te recobremos sano con la verdadera sanidad!

Si alguna cuenta tienes de mí, y no has perdido mi memoria por completo, dignate contestarme, porque me darás en ello grande satisfacción.

Editado por [Manuel Arnaldos](#), ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA